

Bini Adameczak



COMUNISMO PARA NIÑOS

Pequeña historia sobre cómo al final,
todo será diferente

Fondo documental **EHK** Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

COMUNISMO

PARA NIÑOS:

Pequeña historia sobre cómo al final, todo será diferente

Bini Adamczak

Título original: *Kommunismus. Kleine Geschichte, wie es endlich anders wird*

De acuerdo con la edición en inglés: *Communism for Kids* (2017) Bogotá, febrero 2018.

Traducción de Jorge Gamboa

Tabla de contenido

5	¿Qué es el comunismo?
9	¿Qué es el capitalismo?
15	¿Cómo surgió el capitalismo?
21	¿Qué es el trabajo?
29	¿Qué es el mercado?
37	¿Qué es una crisis?
43	¿Qué hacer?
43	Intento número 1
49	Intento número 2
55	Intento número 3
63	Intento número 4
69	Intento número 5
73	Intento número 6
79	Epílogo: el deseo de comunismo

¿Qué es el comunismo?

Comunismo es el nombre que recibe la sociedad que se ha librado de todos los males que la gente sufre hoy, en el capitalismo. Hay muchísimas propuestas sobre la forma en que debe ser el comunismo. Pero si el comunismo significa deshacerse de todos los males que la gente sufre en el capitalismo, entonces el mejor tipo de comunismo debe ser el que pueda librarse de la mayoría de los males. Es como curar una enfermedad. Si el capitalismo fuera una enfermedad (aunque no lo es), entonces la mejor medicina sería el tipo de comunismo que pueda curar completamente a la gente, y no solamente curarla a medias o a una tercera parte. Sin embargo, la gente solía estar sana antes de enfermarse y la medicina solo vuelve a ponerla como estaba antes. Pero esto realmente no es verdad con el capitalismo, ya que la gente también sufría muchísimo antes de él, aunque por causas diferentes. Es por eso que la comparación no es tan correcta. E incluso si el comunismo es un buen remedio, no es la cura para todo. Es solamente un remedio para los males causados por el capitalismo. Si tienes tos y fiebre y tomas una píldora para la tos, pues solamente se irá la tos, no la fiebre. El comunismo es algo así: no cura todos los sufrimientos, sino solamente aquellos causados por el capitalismo.

Para entender realmente al comunismo y llegar a comprender cuál propuesta es la mejor, tenemos que empezar por entender que es el capitalismo y cómo hace sufrir a la gente.

¿Qué es el capitalismo?

El capitalismo existe hoy en día por todo el mundo y se llama capitalismo porque el capital manda. No es lo mismo que decir que los capitalistas mandan, o que la clase capitalista manda. En el capitalismo hay, ciertamente, gente que tiene más poder que otra, pero no hay una reina que se siente en su trono por encima de toda la sociedad y mande a todo el mundo. Entonces, si la gente ya no gobierna la sociedad, ¿quién lo hace? La respuesta puede sonar un poco extraña: las cosas lo hacen. Por supuesto que esto no significa que manden literalmente, porque las cosas no pueden hacer nada, y mucho menos gobernar a la gente. Después de todo, solamente son cosas. Y no todas las cosas tienen este poder. Solo algunas cosas especiales lo tienen. O para decirlo mejor, solo una forma especial de las cosas lo tiene. Esas cosas especiales no han caído del cielo o han llegado a la Tierra viajando en un OVNI, disparándole a la gente con cañones laser. Son simplemente las cosas que la gente ha creado para hacer su vida más fácil, para servirle. Extrañamente, con el paso del tiempo, la gente olvida que hizo estas cosas, y demasiado pronto, comienzan a ser sus esclavos.

Imagínate esto: una niña se acerca a un escritorio y escribe en un pedazo de papel: “Por favor, bebe un vaso de agua”. Una o dos horas después, ella regresa al escritorio y encuentra el trozo de papel. Cuando empieza a leerlo, ha olvidado que fue ella quien lo escribió y se dice a sí misma que probablemente debería hacer lo que dice. Tal vez sea un poco incrédula al comienzo, así que busca una amiga y le pregunta:

-¿En verdad debo beber un vaso de agua ahora mismo? Ni siquiera tengo sed.

La amiga entonces responde:

-No lo sé. Déjame darle un vistazo.

Ella lee lo que está escrito en el trozo de papel y dice a la niña:

-Sí, eso es lo que dice. Tienes que beber un vaso de agua.

Si la niña sigue haciendo lo mismo con frecuencia, muy pronto tendrá un terrible dolor de estómago. Y así es como ella termina siendo gobernada por las cosas y sufriendo.

Seguramente esto suena un poco increíble. ¿Por qué tendría que olvidar tan rápidamente que escribió esta frase? ¿Por qué no podría reconocer su propia escritura? En general, la realidad es un poco más complicada de lo que parece en esta escena. La gente no vive y trabaja sola, sino junta, en sociedad. Analicemos un ejemplo diferente: la tabla güija. Además en esta tabla también está puesto un vaso de vidrio. Para jugar este juego, un grupo de personas se sienta alrededor del tablero y pone el vaso en el centro. Todas las letras del alfabeto están dibujadas en el tablero. Cada uno pone su mano o un dedo sobre el vaso, y como cada uno está temblando inconscientemente un poquito, el vaso empieza a moverse como si fuera empujado por una mano invisible, despacio, desde una letra hasta la otra. La gente no se da cuenta que son ellos mismos los que mueven el vaso, porque sus leves movimientos individuales no hubieran podido hacerlo. Por lo tanto, piensan que hay alguna clase de espíritu canalizando un mensaje a través de ellos.

El tablero de la güija ilustra muy bien cómo es la vida bajo el capitalismo. De hecho, toda la gente que está jugando empuja el vaso que se mueve mágicamente, aunque nadie podría moverlo solo. El vaso solo se mueve porque la gente actúa junta y no separadamente. Pero ellos ni siquiera se dan cuenta de que están cooperando. Su propia cooperación sucede secretamente, como quien dice, a sus espaldas. Sin embargo, si esta gente llegara a pensar colectivamente sobre lo que realmente quisieran escribir, el resultado probablemente sería muy diferente. Por lo menos no

habría ninguna duda sobre quién escribió el texto, con toda seguridad. En la forma en que están las cosas ahora, no obstante, el texto parece que está siendo escrito por una mano invisible. Y como nadie puede explicar cómo es que esto sucede, creen que es un poder externo, como un espíritu o un fantasma.

Como puedes ver, no es cualquier clase de cooperación, cualquier clase de grupo o cualquier clase de trabajo los que le dan a las cosas poderes especiales sobre la gente. Solo es una clase muy especial. El tablero de la güija es un ejemplo que funciona así, pero escribir colectivamente no. Del mismo modo, las cosas no mandan en cualquier sociedad; eso solo sucede en la sociedad capitalista. Solamente en el capitalismo la gente se relaciona con los otros y trabaja junto a ellos de un modo que permite que las cosas manden a las personas. ¿Pero qué es lo que hay de especial en las relaciones entre las personas en el capitalismo? ¿Qué las distingue de las relaciones que entablan las gentes, unas con otras, en sociedades diferentes?

Para responder estas preguntas, primero demos un vistazo al modo en que el capitalismo surgió por primera vez. Cuando lo hagamos, veremos que el capitalismo no ha existido siempre, lo cual ya es una gran ventaja.

¿Cómo surgió el capitalismo?

El capitalismo se desarrolló primero en Inglaterra, hace unos quinientos años. En esa época, todavía mandaba el feudalismo, lo que significa que había reinas, princesas y muchas sirvientas. Pero la mayoría de la gente era campesina. Los campesinos trabajaban los campos, en pequeñas comunidades aldeanas, o junto a su familia. Como no tenían máquinas y muy pocos inventos, tenían que trabajar un montón. Aunque trabajaban muchísimo, seguían siendo pobres. Y aún peor, la Iglesia, que por aquel entonces era muy poderosa, reclamaba el décimo del pan que producían los campesinos, y las princesas querían mucho más que eso! Cada cierto tiempo, la gente tenía que ir a la corte de las princesas para trabajar ahí durante varios días. Pero las personas siempre sabían exactamente cuánto les quitaban los gobernantes. Además, también las dejaban bastante solas. Verás, las princesas sabían muy poco sobre trabajar, y por eso realmente no podían decirles a los campesinos cómo cultivar.

En esa época Inglaterra era una gran potencia marítima, que emprendía grandes empresas de comercio por todo el mundo. Muchos barcos mercantes zarpaban todos los días desde los puertos ingleses hacia África, Europa y tierras mucho más lejanas como Asia y América. Como no existían suficientes mercaderes con barcos lo suficientemente grandes y artillería lo suficientemente pesada como para hacer todo esto, aquellos que los tenían hacían muy buenos negocios. Navegaban, por ejemplo, hacia América, donde robaban todas las joyas de la gente que vivía allí y luego las vendían en Europa. Luego navegaban hacia África, robaban las personas que vivían allí e iban y las vendían en América. Estos mercaderes se volvieron muy ricos y pronto empezaron a disfrutar de unos lujos que las princesas nunca imaginaron, incluso en sus más alocados sueños.

Cuando las princesas vieron cuan ricos se habían vuelto los mercaderes, con sus joyas gigantescas y sus espadas elegantes, se pusieron celosas. Temían que los mercaderes, que se habían vuelto tan poderosos económicamente, empezaran a pedir más influencia política e incluso que le quitaran el poder a las princesas, lo cual, de hecho, hicieron más tarde.

Las princesas empezaron a planear febrilmente cómo podrían enriquecerse también, como los comerciantes. Pero la única cosa que realmente poseían era la tierra en la que vivían los campesinos y los nabos que ellos cultivaban nunca les habían hecho ganar mucho dinero. Se podía hacer más dinero con la lana de oveja que por aquel entonces era valiosa en Europa. Entonces las princesas llamaron a todos sus súbditos y les ordenaron dejar de cultivar nabos y en lugar de esto, criar ovejas por todas partes. Resultó entonces que se necesitaban muchos menos campesinos para cuidar las ovejas que para cultivar los nabos. Y cuando las ovejas estuvieron por todas partes, mucha menos gente pudo vivir en esas tierras. Así fue como la gran mayoría de los campesinos se volvieron innecesarios.

A las princesas les importó muy poco lo que sucedió con los campesinos, ya que solo tenían ojos para las elegantes espadas y gigantescas joyas de los mercaderes. Y así las princesas enviaron a sus soldados para echar a los campesinos de las tierras donde siempre habían vivido y trabajado. Los soldados fueron violentos y lastimaron bastante a los campesinos. Al comienzo los campesinos se molestaron mucho. Además, imagina cuan tristes se pusieron cuando se dieron cuenta de que jamás podrían volver a sus tierras, y que todo lo que habían aprendido ahora resultaba inútil. Ninguno tenía idea de cómo iban a mantenerse de ahora en adelante. Como no tenían otro lugar a donde ir, se dirigieron a las grandes ciudades. Pero cuando llegaron, vieron grandes muchedumbres de antiguos campesinos que ya vivían en ellas, campesinos que también habían tenido que dejar sus tierras. Sin tierras, ninguno podía cultivar alimentos. Y como no tenían nada, tampoco tenían nada que vender. Por supuesto, siempre les quedaba la opción de robar, pero entonces la policía podría atraparlos y castigarlos. La única cosa que

todavía tenían era a ellos mismos. Y por eso la gente fue a las fábricas y se vendió a sí misma.

Desde entonces, todas las personas en el capitalismo, por lo menos aquellas que no son dueñas de una fábrica, has sido forzadas a venderse a sí mismas. De lo contrario no tendrán dinero y no podrían comprar nada para comer. Todo el mundo necesita comer y por eso tenemos que ir a trabajar, así nos guste o no. Tenemos que fabricar cosas, por ejemplo armas, aunque pensemos que sean estúpidas o no. Y precisamente de esta manera es que las cosas gobiernan a la gente. Curiosamente, no se necesitan muchos soldados ni oficiales de policía para que todo funcione.

Como puedes ver, el trabajo es muy importante en el capitalismo. Todo depende de él. Las personas que no trabajan no pueden comer. Y la gente que no trabaja no le gusta a los demás, porque creen que solo viven de gorra, usando las cosas que otros fabrican. Para entender mejor cómo funciona el capitalismo, tenemos que mirar más de cerca este a esto que llaman trabajo.

¿Qué es el trabajo?

Cada mañana, incluso antes de que sea hora de ir a la escuela, la gente se levanta para ir a la fábrica o a la oficina. Muchos solo van por la tarde, y muchos otros solo empiezan cuando llega la noche e incluso a algunos se les permite actualmente decidir por sí mismos cuándo ir a trabajar. Otros trabajan en casa, limpiando la mesa del desayuno y planchando ropa. Pero eso no importa, porque en todo caso, todos tienen que trabajar. Apenas llega la gente a la entrada de la fábrica o a la puerta de la oficina, una recepcionista los recibe y les pregunta:

- ¿Quieren trabajar para nuestra fábrica o nuestra oficina?

¿Y qué puede decir la gente? Lo más probable es que no estén interesados en trabajar y hubieran preferido mucho más quedarse en cama un poquito más o ir a encontrarse con amigos para desayunar. Pero mejor se lo callan, porque saben que solamente podrán tener un desayuno si tienen un trabajo.

Por lo tanto contestan: —Sí, yo quiero.

- Muy bien, —dice la recepcionista con su educado tono de voz—. La fábrica, —agrega en seguida—, les dará dinero suficiente para comer y beber y pagar la renta, e incluso para ir al cine dos veces a la semana. Pero a cambio tendrán que hacer todo lo que la fábrica les diga mientras estén aquí.

- Ir al cine dos veces a la semana suena grandioso, —se dice la gente a sí misma—, ¿pero hacer todo lo que la fábrica me diga mientras esté aquí, ocho horas al día? ¡Es la tercera parte de todo mi día! Y si duermo durante ocho horas, ¡es la mitad del tiempo en que estoy despierto! Esto realmente es demasiado, solo para poder ir dos veces al cine a la semana.

¿Pero qué otra cosa podrían contestar? Ellos, en principio, ya habían aceptado y además ya están esperando en la puerta de la fábrica o de la oficina.

Apenas han cerrado las puerta tras de ellos, cuando la fábrica empieza a vociferar:

-¡Vengan por este corredor!”, —los llama la fábrica con su voz retumbante—. Ahora vayan derecho por esa puerta. ¿Ven la silla que está por allá? Siéntense en ella. —La fábrica hace una pausa y piensa un poco antes de continuar-: Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? Precisamente hoy se deben fabricar 1.223 planchas. Por eso, cada hora, deben clavar este clavo cien veces.

-¿Qué? ¿Debo clavar este estúpido clavo cien veces?”, — protesta airadamente un trabajador—. ¿Pero para qué? ¿para qué podría servir esto? ¿qué tiene esto que ver con las planchas? ¿y quién quiere tantas planchas, de todos modos?.

Pero la voz de la fábrica ya se ha marchado. Tiene cosas más importantes que hacer que responder las preguntas de sus trabajadores. Es más, es muy probable que ni siquiera sepa las respuestas.

Obviamente la fábrica realmente no habla, no tiene voz. Es solo una fábrica, hecha de piedras, máquinas y plástico. No tiene boca. Pero a pesar de esto, la fábrica habla con su propia voz especial. Podemos entender mejor esto con otro ejemplo. Piensa en una silla.

Si nunca has visto antes una silla y no tienes ni idea de lo que es una silla, entonces no sabrás realmente qué hacer con ella cuando veas una. Tal vez intentarás encender un fuego con ella. O tal vez intentarás dormir debajo. Pero apenas sepas lo que es una silla, tal vez porque alguien te lo explique, entonces entenderás el lenguaje propio de la silla. La silla dice cosas como:

-Siéntate aquí, de este modo. ¡No, no puedes acostarte encima porque te caerás! Detén tu bamboleo o romperás mis patas traseras.

Si la silla es incómoda, entonces probablemente dirá cosas malas como:

- Ahh, ¿te duele? ¡Voy a pincharte ahora y a darte un dolor de espalda!

En el trabajo y en la escuela, la mayoría de las sillas son tan desagradables como esta. Las hacen tiesas a propósito, de manera que solo puedas sentarte en ellas en una posición. No quieren que la gente se sienta demasiado cómoda en ellas y tomen una siesta, así sea por un instante.

¿Dónde estábamos? Ah, sí, la fábrica. Con el paso del tiempo, la gente construyó fábricas más y más grandes. Desgraciadamente nunca se callan. Ahora tenemos que escucharlas todo el tiempo. Las fábricas están siempre hablando de las mismas tres cosas: ellas nos dicen cómo debemos producir, qué debemos producir y cuánto debemos producir. Por ejemplo, la fábrica le dice a un grupo de trabajadores que se sienten alrededor de una mesa y discutan sobre algo durante toda la noche; a otro grupo le dice que pase cosas de atrás para adelante, el uno al otro, hasta el amanecer. La fábrica le dice a algunos que se queden en casa todo el día y planchen. Le dice a otros trabajadores que martillen unos clavos, a otros que prendan y apaguen un computador, y luego que escriban sin parar sobre un montón de cosas que sueña la fábrica. Incluso hay trabajadores que tienen que diseñar pistolas. La fábrica también anuncia cuánto quiere de cada cosa. Por ejemplo, cien clavos martillados por hora, o la ropa de un apartamento entero planchada o cinco páginas diarias escritas en el computador. Finalmente, la fábrica decide cuánto debe recibir cada uno a cambio de hacer todo este trabajo. Tal vez una entrada a cine por martillar clavos, ninguna entrada a cine por lavar ropa o cien entradas por actuar como jefe.

Sin embargo, tal vez algún trabajador podría no querer martillar clavos todo el día, sino más bien escribir, aunque preferiblemente solo cuatro, no cinco páginas al día. Y otro trabajador podría no querer hacer el planchado, sino más bien sentarse alrededor de una mesa con otra gente, o aún mejor, hacer un poquito de cada cosa a lo largo del día. Planchar en la casa en la mañana, sentarse alrededor de una mesa en la tarde y escribir

hermosos poemas al atardecer. Y una tercera trabajadora no está realmente segura de lo que quiere hacer, pero lo que sí es bastante seguro es que no quiere tener nada que ver con las pistolas*.

* Hace más de cien años, al joven filósofo Karl Marx y a su mejor amigo, Federico Engels, les dolía ver que el trabajo se hubiera convertido en algo aburrido y repetitivo para la gente en las fábricas. Entonces escribieron en unos cuadernos algunos pensamientos sobre los males que la división del trabajo había causado desde hacía mucho tiempo y la forma en que ellos se imaginaban que podría ser una sociedad comunista, libre de estos males. Ellos lo decían así, por si te interesa: "A partir del momento en que comienza a dividirse el trabajo, cada cual se mueve en un determinado círculo exclusivo de actividades, que le es impuesto y del que no puede salirse; el hombre es cazador, pescador, pastor o crítico, y no tiene más remedio que seguirlo siendo, si no quiere verse privado de los medios de vida; mientras que en la sociedad comunista, donde cada individuo no tiene acotado un círculo exclusivo de actividades, sino que puede desarrollar sus aptitudes en la rama que mejor le parezca, la sociedad se encarga de regular la producción general, con lo que hace cabalmente posible que yo pueda dedicarme hoy a esto y mañana a aquello, que pueda por la mañana cazar, por la tarde pescar y por la noche apacentar el ganado, y después de comer, si me place, dedicarme a criticar, sin necesidad de ser exclusivamente cazador, pescador, pastor o crítico, según los casos". Carlos Marx y Federico Engels, *La ideología alemana*. Barcelona: Grijalbo, [1845] 1970, p. 34. [Nota de Jorge Gamboa].

Sin embargo, cuando los trabajadores aparecen en la fábrica y hacen estas sugerencias, ella súbitamente se vuelve sorda, actuando como si no entendiera nada. Es solo una estúpida fábrica, hecha de piedras, máquinas y plástico. Las fábricas no tienen oídos. Suspirando, la gente da la vuelta y vuelve a sus empleos. Así se dan cuenta de que a pesar de que la gente construyó la fábrica, a ella la gente realmente no le importa. No le interesa si ellos son felices o si saben lo que están fabricando y por qué. Lo único que le interesa a la fábrica es hacer y vender la mayor cantidad de cosas posibles. La fábrica solo quiere que la gente sea feliz, si está feliz vendiendo más cosas. Y si realmente al estar felices se venden más cosas, entonces la gente tiene que estar feliz, aunque realmente no lo sea.

Y eso los hace infelices. Pero se venden más cosas y eso es lo único que le importa a la fábrica. Si la fábrica puede vender un montón de cosas, entonces puede comprar más trabajadores y algunas máquinas extra, y entonces puede producir muchas más planchas, libros o pistolas. Y entonces la fábrica también las puede vender.

Si la fábrica no se interesa por la gente y la gente solo se supone que debe interesarse por lo que también le interesa a la fábrica; y si la fábrica solo se interesa por comprar y vender, entonces comprar y vender debe ser supremamente importante.

Para comprender mejor cómo funciona la fábrica, tenemos que darle un vistazo más de cerca a lo que está haciendo la fábrica cuando vende cosas para comprar cosas, solo con la intención de vender cosas otra vez. Para vender y comprar cosas, la fábrica debe ir al mercado. No a un pequeño mercado de pueblo, con ventas de frutas y vegetales. Hay enormes mercados especiales para las fábricas. Vamos a verlos más de cerca.

¿Qué es el mercado?

Antes de que la fábrica pueda vender algo en el mercado debe hacer algo. Hacer o producir algo requiere varios ingredientes, como sucede al hornear un pastel. Para hacer un pastel necesitamos: 1. Huevos, azúcar y harina; 2. Un horno y 3. Un pastelero.

Pero nuestra fábrica no quiere hornear pasteles; quiere fabricar planchas. Por lo tanto compra un montón de láminas de metal y una gran bolsa de clavos. Fabricar una plancha, además de las láminas de metal y los clavos, requiere de una enorme máquina de hacer planchas. Entonces la fábrica compra tres grandes máquinas para hacer las planchas. Todo está listo en la fábrica: las tres grandes máquinas para hacer planchas, una gran bolsa de clavos y un enorme montón de láminas de metal. Pero por alguna razón nada se mueve. De repente, a la fábrica se le ocurre que aún necesita una cosa más: a la gente, ¡a los trabajadores!

Existe un mercado especial donde las fábricas acuden para conseguir trabajadores: el mercado laboral. En el mercado laboral hay montones de gente para la venta, que han sido producidos, listos para ser usados, en otras fábricas especiales, como la fábrica llamada escuela y la fábrica llamada familia. Así es como nuestra fábrica puede ir al mercado laboral y hacer un pedido detallando exactamente el tipo de gente que necesita. Entonces— dice:

- Buenos días, necesito doce personas que martillen clavos, seis dobladoras de metal y una que pruebe planchas.

Además, la fábrica necesita dos personas pensadoras, que piensen la fórmula para hacer planchas, además de las máquinas, las láminas de metal, los clavos y la gente. Finalmente, necesita una persona que sea el jefe, que se asegure de que todo el mundo hace lo que la fábrica quiere que hagan. La fábrica le pregunta a la gente:

-¿Quieren trabajar para mí?

Y la gente responde: —Si, queremos hacerlo—. Pero ya sabemos todo lo que esto significa.

En seguida la fábrica toma a las personas que ha comprado en el mercado laboral, regresa a casa, y las encierra a todas junto a las láminas de metal, las máquinas y los clavos, todos los días durante ocho horas. Y milagrosamente, después de un rato, la primera tanda de planchas recién horneadas empieza a salir de la fábrica. La fábrica toma estas planchas, regresa al mercado y las vende. Esta vez no va al mercado laboral, sino al mercado de planchas o al mercado de “planchas y otras cosas”. Cuando la fábrica vende allí sus planchas, recibe dinero. Y con ese dinero puede comprarse láminas de metal, clavos, gente que fabrica planchas y máquinas nuevas. Y con las máquinas nuevas, las láminas de metal, los clavos y la gente que hace planchas, puede hacer todavía más planchas. Y puede volver venderlas una y otra vez.

Mientras tanto, en el mercado de planchas y otras cosas, la fábrica sueña con lo que sueñan todas las fábricas: máquinas, láminas de metal, clavos y fabricantes de planchas nuevos. Un día, de repente, se detiene y nota algo. No muy lejos, justo al cruzar la calle, para ser más exactos, hay otra fábrica que también está vendiendo planchas.

- Debo acercarme para dar un vistazo, —murmura nuestra fábrica—, y le da una mirada más cercana. Mira los precios de las otras planchas y piensa para sí misma: —¡Esto no puede estar pasando!—. ¿Pero por qué lo dice? ¡La otra fábrica está vendiendo planchas a un precio más barato! No tan barato, pero de todos modos lo suficiente como para que se note la diferencia, y por lo tanto la gente le está comprando más planchas.

- ¡Maldita sea!—, piensa nuestra fábrica. Las fábricas son terriblemente envidiosas, por si aún no lo sabías. Simplemente no puede soportar el hecho de que la otra fábrica está vendiendo planchas más baratas. ¡Y también está vendiendo más! De hecho, no puede soportar a la otra fábrica, y punto. Piensa en esto: las fábricas no pueden soportar nada ni a nadie, especialmente a los trabajadores o a las otras fábricas.

Lo único que hace felices a las fábricas es vender y comprar, y comprar y vender. Y con lo único que sueñan es con máquinas, láminas de metal, clavos y gente que hace planchas. Podrías pensar que nuestra fábrica puede fácilmente caminar hacia la otra fábrica y decirle:

- ¡Oye amigo! ¿Cómo haces esas planchas tan baratas? Quiero hacer lo mismo”—. O tal vez: —Bueno, ¿no es una curiosa coincidencia? Tú y yo hacemos planchas, ¿por qué no las hacemos juntos? Esto tendría mucho más sentido, ¿no te parece?— Pero las fábricas no piensan de este modo, y si lo hacen, te lo aseguro, es solamente para molestar a una tercera fábrica.

¿Dónde estábamos? Ah, sí, nuestra fábrica está furiosa. Una vez que ha regresado a casa, vuelve a llamar a sus dos personas pensantes y les pregunta qué hacer.

- Tendrás que hacer planchas más baratas y más rápido, y más de ellas también. Tendrás que disminuir los costos y así podrás venderlas a un precio más bajo. Por lo tanto —dice la primera persona pensante— necesitas solo una persona que piense, no dos.

- Esa es una gran idea —dice la fábrica— y despide inmediatamente a la primera persona pensante.

Al día siguiente, la fábrica reúne a todas las personas que fabrican planchas (menos uno de los pensadores) y anuncia:

-De ahora en adelante, ustedes solamente ganarán suficiente dinero como para ir al cine una vez a la semana. Además, tendrán que trabajar una hora extra cada día.

A la gente no le gusta nada esto, pero ya han aprendido que la

fábrica siempre se hace la sorda cuando tratan de hablar con ella. Y así, bajando sus cabezas, vuelven al trabajo.

Unas pocas semanas después, la fábrica regresa al mercado pavoneándose, para mostrar sus nuevos modelos de planchas super baratas.

—¡Hagan un círculo, señoras y señores!—, grita. —Mis planchas son mucho más baratas que las de allá—. Y con su largo dedo de metal, señala a la otra fábrica que está cruzando la calle, relamiéndose todo el tiempo. Es una jugada muy brillante. Todo el mundo revolotea alrededor de nuestra fábrica, comprando planchas. Mientras vende las planchas, cierra sus ojos de vez en cuando y sueña con las nuevas máquinas, los arreglos de láminas de metal, los montones de clavos y los fabricantes de planchas que va a comprar con todo su dinero nuevo.

¿Pero qué es ese triste espectáculo que se ve al cruzar la calle? Es la otra fábrica encorvada y encaramada en todas las planchas que ya no puede vender. Si miramos un poco más de cerca, veremos lágrimas negras y espesas de hollín escurriendo lentamente de su chimenea. Esta fábrica está acabada, tiene un montón de deudas y realmente no la está pasando muy bien. Ahora que nuestra fábrica hace planchas más baratas, esta otra fábrica ya no puede vender ninguna de sus planchas. Y como no puede vender más planchas, ya no puede comprar tampoco máquinas nuevas, láminas de metal, clavos ni gente que haga planchas. La otra fábrica está muy, muy triste, y entra en bancarrota. ¡Todo sucede tan rápido! Debido a que está quebrada, la fábrica en bancarrota despide a todos sus trabajadores. Todos los fabricantes de planchas de esta fábrica se encuentran súbitamente desempleados. Y a pesar de que siguen pensando que trabajar ahí es muy estúpido, de todos modos se ponen tristes porque ahora no tendrán nada de dinero y no podrán ir al cine.

Antes de esto, los trabajadores de ambas fábricas podían ir al cine dos veces a la semana. Ahora, un grupo de trabajadores solamente puede ir una vez a la semana, mientras que el otro grupo

no puede ir nunca. Pero hay algo más. La gente que no puede pagar el cine tampoco puede comprar planchas. Y esto nos conduce hacia un gran problema.

Para comprender por qué hay más y más cosas alrededor nuestro que no podemos pagar (como las planchas), necesitamos mirar más de cerca este problema, llamado crisis.

¿Qué es una crisis?

La siguiente vez que nuestra fábrica va al mercado, lleva el doble de planchas que llevó la última, pensando para sí misma: “La otra fábrica está en bancarrota. ¡Fantástico! Ahora todos los que compraban planchas vendrán a mí.

Tendré el doble de clientes, por lo tanto, necesito tener el doble de planchas”. Imagina la sorpresa cuando no ve a nadie en el mercado de planchas y algo más. Ya casi nadie quiere comprar planchas en ninguna parte. Lo que pasó en esta calle entre nuestra fábrica y la otra también pasó en todas partes del mundo. Hay incontables fábricas allá afuera: no solo aquellas que hacen planchas, sino también las que producen pistolas, las que crean dulces, las que construyen pelotas de beisbol y muchas más. Ahora estas personas solo van a cine una vez a la semana o ni siquiera pueden ir, y no están de humor para comprar planchas. En lugar de eso, se quedan en casa mirando televisión, o jugando con el celular. No es lo mismo, se dicen en su interior, pero es mejor que nada.

A otras personas incluso les va peor. No solo ya no pueden ir a cine, isino que ni siquiera tienen lo suficiente para comer! Algunos deciden comprar tomates y huevos, y los arrojan a los muros de la fábrica, porque les parece una buena idea. La fábrica, sin embargo, no necesita los tomates, porque es una fábrica de planchas no una fábrica para hacer salsa de tomate. Se encuentra encartada con todas esas malditas planchas. Estúpidamente llevó hoy al mercado el doble de planchas que suele llevar. Pero no puede vender el doble de planchas; solo logra aumentar al doble la deuda que tenía.

Con toda seguridad, nuestra fábrica entrará en bancarrota, tal como le pasó a la otra. Entonces despide a toda la gente que fabrica las planchas.

Ahora ya no queda nada. No hay fábricas, no hay máquinas, no hay láminas de metal, no hay clavos, ni hay gente que fabrique planchas. Pero aún quedan grandes montones de planchas que nadie necesita. Aunque no ha sucedido ningún desastre terrible (un terremoto, una guerra o una visita del papa), de un momento a otro, todo el mundo simplemente está sentado en círculo, aburrido como una ostra, y con un hambre horrible. Algunos están tratando de convertir sus planchas en un guisado, pero resulta bastante inútil.

- Estamos ahora en un verdadero desastre, —dice la gente—, ¡No hemos debido escuchar a esas fábricas!

Y una persona agrega:

- ¿Saben qué? ¡Son todas estas cosas! Las hicimos para servirnos de ellas, pero después, empezaron a volverse todas engreídas y atrevidas, y al final terminamos sirviéndolas a ellas. Ahora estamos aquí atascados, merodeando alrededor de todas estas malditas planchas.

Y otro agrega, muy enojado:

- ¡Yo conozco eso! Es la estúpida cosiánfiri... la maldita cosi... cosi.... icosificación! ¡idiablos!

Todos se sientan alrededor de las planchas para pensar largo y tendido sobre el capitalismo, porque se han dado cuenta de que todo el desastre es culpa del capitalismo.

- Bueno, esto no ha funcionado nada bien, —piensan para ellos mismos—. Primero el capitalismo nos hizo a todos infelices, y después solo ha seguido empeorando todo.

- Y también otra cosa, —comenta otro en voz alta—, ya hemos tenido capitalismo demasiado tiempo, casi quinientos años, entonces, ¿no es hora de un cambio? Quiero algo nuevo.

- ¡Si, algo nuevo! ¿pero qué?, —preguntó otro. En este momento hay un largo silencio mientras la gente da vueltas a esta pregunta en sus cabezas. A cada uno le encantaría tener la respuesta.

Súbitamente, la respuesta aparece:

- ¡Comunismo! —exclaman— ¡Obviamente! Teniendo en cuenta que comunismo es el nombre de la sociedad que se deshace de todos los males que sufrimos bajo el capitalismo, ¡probemos con el comunismo!

- ¡Oh! —gime la gente— por supuesto.

Y todos se dan una palmada en la frente, porque ahora, cuando alguien lo ha dicho, parece muy obvio:

- ¿Por qué no pensamos en esto antes?

La gente sabe ahora dos cosas. La primera, que el capitalismo no los hace felices, y la segunda, que el comunismo sí. Por lo tanto, deciden probar el comunismo. Pero no es tan simple. Debido a que el verdadero comunismo nunca ha existido en toda la historia de la humanidad, nadie tiene idea de cómo luce. Lo que la gente tiene son ideas muy variadas sobre la forma en que una sociedad comunista debería ser. Si el comunismo es el nombre de la sociedad que acaba con todos los males que la gente sufre con el capitalismo, entonces el mejor tipo de comunismo es el que acaba con la mayor cantidad de males. Con el fin de encontrar el mejor tipo de comunismo, la gente tiene que mirar cuál de estas ideas podría acabar con todos los males que sufren bajo el capitalismo, no solo con un tercio o con la mitad de ellos. Nadie realmente lo puede saber hasta que no lo comprueben.

- Lo mejor es que probemos estas ideas una por una —decide la gente—. Luego veremos.

Y entonces así lo hacen.

¿Qué hacer? Intento número 1

La gente dice: —Antes que nada deberíamos pensar mejor en lo que hoy está mal. Si logramos entenderlo, entonces podremos hacer mejor las cosas. No es que todo tenga que cambiar al mismo tiempo.

Sentados alrededor del montón de planchas, se dan cuenta de que a pesar de que la sociedad es rica, nadie tiene nada. ¡Es una pena! Hay tantas planchas por todos lados y nadie puede comprarlas. Nadie tiene tampoco suficiente dinero para volver a ir al cine.

- ¡Eso es! —dicen—. Si hubiéramos tenido más dinero, entonces hubiéramos podido comprar las planchas. Y si hubiéramos comprado las planchas, entonces las fábricas hubieran tenido suficiente dinero para hacer más. Y las fábricas habrían necesitado máquinas nuevas, láminas de metal nuevas, clavos nuevos, y nuevas personas que hicieran planchas.... Y entonces no hubiéramos perdido nuestros empleos.

La razón por la cual tenían tan poco dinero es porque las fábricas se los habían quitado. ¿Cómo podrían conseguir más dinero?

- Ya que las fábricas tomaron el dinero de la gente, deberíamos volver a tomarlo de las fábricas, —sugiere alguien.

- Es una buena idea, —dice otro—. ¿Pero cómo podríamos hacerlo?

- La mejor manera, —contesta un tercero—, es buscar una olla muy grande. Cada uno pondrá un poco de su dinero en esta olla. Aquellos que tengan mucho dinero, pondrán bastante y aquellos que tengan poco, pondrán poco. Después compartiremos todo el dinero de la olla con toda la gente, pero al revés: aquellos que tengan poco recibirán mucho y los que tengan mucho recibirán

poco.

- Todavía mejor, —dice alguien más—, hagámoslo aún más fácil y compremos las planchas sobrantes directamente con el dinero de la olla. Esto es incluso más simple.

Y entonces, así lo hicieron. Todo el mundo tenía que pagar a la olla, y la olla fue llamada “Estado”, porque así sonaba mejor. Todo el mundo, nuevamente, podía ir a cine dos veces a la semana, por lo menos en teoría. Sin embargo, en realidad seguían teniendo el problema de que muchas personas solamente podían ir una vez a la semana, o ni siquiera podían hacerlo. Pero eso no importa, porque la olla (o mejor, el Estado) simplemente compra las entradas al cine que sobran cada noche. Lo mismo se hace con las planchas. Todavía hay gente que no tiene, pero no hay problema: la olla tiene las restantes. Y ya que la olla (o sea, el Estado) compra todo lo que la gente no puede costearse, las fábricas siempre tienen mucho dinero y pueden ofrecer mucho trabajo a los que hacen las entradas a cine y a la gente que hace las planchas. Todos están felices, porque pueden volver cada día a las fábricas y... trabajar.

Pero, —¡Esperen un minuto!, —interrumpe alguien. — ¡Trabajar en la fábrica no es nada divertido! Es exactamente el mismo estúpido trabajo que antes—. Es verdad. La gente todavía trabaja exactamente el mismo tiempo que la fábrica desea. Y así, cuando todo se ha dicho y hecho, casi nada ha cambiado.

- Esto no es como lo habíamos imaginado, -dice la gente sacudiendo sus cabezas—. ¡No, no, no, esto no es el comunismo!

Intento número 2

La gente vuelve a sentarse y a pensarlo todo de nuevo. Ya no queda ninguna plancha, pero las máquinas y las fábricas todavía siguen ahí, junto con las láminas de metal y los clavos. Todos se sientan y piensan, piensan y se sientan, hasta que finalmente alguien dice:

- Lo importante no es que se hagan planchas, lo importante es cómo se hacen. No es suficiente tener trabajo. Lo que importa es la clase de trabajo que hacemos.

- ¡Si, es correcto!, —dice otro en voz muy alta— ¿Qué importa tener trabajo si no lo disfruto? ¿Por qué tengo que dar vueltas haciendo un círculo todo el día, yo solo? ¿Y por qué mi vecino tiene que sentarse frente a una mesa toda la noche? ¿Y por qué aquella mujer que está allá debe estar pensando todo el tiempo y ser la jefe?

- ¡Esto no puede seguir así!, —acordó la gente—. No podemos tener a la fábrica diciéndonos cuándo, cómo y cuánto tiempo debemos trabajar. De ahora en adelante, tomaremos nosotros mismos las decisiones.

Y así lo hacen. La gente regresa a sus fábricas. Solo que ahora no hacen lo que las fábricas les dicen que hagan; hacen cualquier cosa que se les ocurra hacer. Para mostrarle a todo el mundo que las fábricas pertenecen a los que trabajan en ellas, ponen pequeñas banderas rojas y negras en las ventanas. Cada mañana la gente se reúne y se sienta, formando un gran círculo, para discutir cómo quiere trabajar ese día. Cada persona puede escoger lo que quiere hacer, y a todos se les permite hacer cualquier cosa, excepto ser el jefe, porque ya no hay personas jefes. Será necesario mucho tiempo para que cada uno sea realmente capaz de hacer cualquier cosa: doblar el metal, martillar los clavos, o pensar con profundidad. Porque, por supuesto, es mucho más fácil, de algún modo, hacer simplemente una cosa para siempre.

Sin embargo, poquito a poco, la gente aprende. Y al poco tiempo, las primeras planchas salen de la fábrica. Todas las planchas están hechas ahora con una gran cantidad de amor y dedicación. Cada una luce un poco diferente de las demás. Incluso puedes encontrar pequeños corazones rojos o estrellitas negras pintadas en algunas de ellas.

En la mañana, las dos personas fabricantes de planchas que fueron escogidas para que fueran personas vendedoras de planchas ese día, se levantan y van al mercado con las planchas. Cuando llegan, pueden ver, de nuevo, a dos personas vendedoras de planchas de la fábrica que queda al otro lado de la calle. Y ellas, una vez más, ¡están vendiendo planchas a un precio más barato!

- ¡Esto no puede ser cierto!, —gritan nuestras dos personas vendedoras de planchas— ¡Es tan injusto!

Entonces caminan hacia las otras dos personas vendedoras de planchas para hablarles y decirles que deberían estar vendiendo sus planchas a un precio más alto. ¡Pero los otros vendedores de planchas no escuchan las razones!

- Ahora todos somos libres, —replican—. Es nuestra fábrica y solo nosotros decidimos qué tan baratas vamos a vender nuestras planchas. Además, tenemos que recorrer un camino más largo que ustedes hasta el mercado, por lo tanto tenemos algunos costos adicionales que cubrir.

Nuestros vendedores de planchas regresan a casa de nuevo, sintiéndose tristes. Reúnen a todas las otras personas fabricantes de planchas y les dicen lo que pasó en el mercado. Naturalmente, todos se ponen tristes.

- ¡Ay! Si queremos mantener funcionando nuestra fábrica, tenemos que producir más barato también, o de lo contrario nadie nos comprará.

Hasta ese momento, las personas fabricantes de planchas habían venido poniendo todo el dinero que iban ganando en un pequeño tarro y luego se repartía entre todos en cantidades iguales.

Pero a partir de ahora, si quieren vender sus planchas más baratas, no pueden gastar la misma cantidad de dinero a la que estaban acostumbrados. Para ahorrar dinero, deciden entonces despedir a dos de sus compañeros fabricantes de planchas.

- Y ya que estamos en esto, —murmuran—, tal vez sea mejor, después de todo, que escojamos a alguien para que sea una persona jefe, alguien que pueda decirnos qué hacer a continuación. Aunque no tiene que ser siempre la misma persona.

Así, los fabricantes de planchas convierten a uno de ellos en una persona jefe. Y luego hacen una lotería para escoger cuáles son las dos personas que van a despedir. Lo justo es lo justo.

Al día siguiente, las dos personas exfabricantes de planchas, ahora desempleadas, empaican sus cosas y dejan la fábrica. Los otros se reúnen para decirles adiós y los despiden agitando sus pañuelos. No hay ni un ojo seco entre ellos, pero a pesar de todo, estos dos tienen que irse. No hay nada que hacer al respecto. Probablemente se dirijan hacia la fábrica que hace pistolas, suponiendo que todavía queden algunos trabajos allá.

Estando todavía amontonada, la gente de la fábrica hace una pausa y un balance:

- Dentro de nuestra fábrica somos libres. Podemos decidir colectivamente sobre lo que vamos a hacer cada día. Pero en el mercado, estamos todavía obligados a competir unos contra otros. En el mercado debemos vender nuestras planchas, incluso si con eso hacemos sufrir a otros. Es verdad que ahora podemos decidir cómo queremos trabajar. Pero no tenemos control sobre lo que hacemos ni sobre cuanto hacemos. Así no es como lo imaginamos - dice la gente, sacudiendo sus cabezas—. ¡No, no, no. Esto no es el comunismo.

Intento número 3

Una vez más, toda la gente se encuentra sentada en círculo, tratando de encontrar una buena idea. En este punto, la multitud se ha convertido en una masa. No está solamente la gente de nuestra fábrica de planchas, sino también la gente de las otras fábricas de planchas. Y tampoco están solamente ellos, sino también la gente de las fábricas que imprimen las boletas de entrada a cine, los de las fábricas de pistolas, ¡y muchos más! Hay tanta gente ahora que realmente debes gritar si quieres que alguien te escuche. Pero eso no es todo. De algún modo, la gente se siente diferente. De algún modo, la gente ha cambiado. Sin jefes, ellos tuvieron que hacerlo todo por sí mismos. Se volvieron más y más inteligentes. Desde que empezaron a decidir en común cada mañana lo que querían hacer, aprendieron a escucharse unos a otros. Si a alguien no le gusta algo, simplemente dice que no. Nadie nunca más pensará por los otros; cada uno piensa por sí mismo. Y así, no pasa mucho tiempo antes de que las primeras ideas sobre cómo hacer finalmente el comunismo empiecen a reventar:

- En nuestra fábrica las cosas iban muy bien, —señala alguien—. Hablábamos un montón con los demás y decidíamos todo en común. Dejamos de hacer lo que querían las fábricas y las fábricas empezaron a hacer lo que nosotros queríamos.

- Pero en el mercado, —interviene otra persona—, las cosas fueron totalmente diferentes. En el mercado, la gente solo abre su boca para decir cosas como: “¡una plancha por favor!” o “¿cuánto vale esta plancha?” o “¿tiene usted una plancha así o asá?” Siempre respondemos con frases como: “¡Por supuesto!” o “La plancha cuesta tanto” o “no, desafortunadamente no tenemos una plancha así o asá”. Todo gira en torno a las cosas.

¡Cosas! Esto hace realmente irritar a la gente, porque no quieren ser mandados nunca más, y mucho menos por las cosas.

En seguida continúan:

- Ahora nunca sabemos cuántas planchas o boletas para cine hay que hacer, porque nunca sabemos cuántas cosas realmente necesita la gente.

- Es cierto, —dicen otros—, algunas fábricas tuvieron suerte y pudieron hacer exactamente lo que la gente quería. Otras tuvieron muy mala suerte y nadie quiso comprar sus productos. Es por eso que alguna gente se volvió rica y otra pobre.

Esto obviamente es injusto. Hace que todos se enojen mucho, porque en cada fábrica habían puesto a un lado pequeñas tazas especiales con dinero, solo con el fin de que cada uno pudiera recibir la misma cantidad. Sin embargo, pensando en esas tazas, una idea surge en sus cabezas. La gente todavía tenía la vieja olla grande, el Estado, que nadie había vuelto a usar.

- ¡Todavía tenemos la olla grande! —gritan— ¿Por qué no ponemos todo nuestro dinero en la gran olla y acordamos que a cada uno se le reparta la misma cantidad?

- ¡Esa sí es una buena idea! —exclaman los otros— ¡Esto efectivamente podría ser justo! Pero también debemos organizar todo un poquito mejor. Si solamente nos fijamos en el mercado para ver cuáles de las cosas que producimos son las que realmente necesitan los demás, pues ya es demasiado tarde. Tendría más sentido si la gente que recolecta y distribuye el dinero que se pone en la olla pudiera también saber qué cosas necesitamos. Así podrían decirle a las personas de la fábrica exactamente cuántas cosas hacer.

Y entonces así lo hacen. Cuando la gente llega a la fábrica al día siguiente al mediodía, encuentra una larga hoja para hacer una lista de deseos. La gente encargada de la olla la había puesto ahí. Cada uno puede agregar algo a la lista, escribiendo lo que necesita. La gente de la olla pasa después y cuidadosamente organiza la lista de deseos. Luego le cuentan a todas las fábricas lo que la gente necesita y cuánto deben producir. Al final del mes, cada persona recibe una cantidad igual de dinero que proviene de la olla. La gente prefiere llamar a la olla simplemente “el tarro” o “el pote”, en lugar de Estado, porque se supone que en realidad no es más que un tarro.

Con la ayuda del tarro, cada cual puede comprar la misma cantidad de cosas. De ahora en adelante ya no habrá gente que pueda ir al cine siete días a la semana, ni gente que solo pueda ir una vez a la semana. Ahora todos pueden ir al cine cinco días a la semana. Todos aman esta idea, porque todos aman ir a cine. Durante el día, la gente hace las cosas que se come en la noche. Y la gente del tarro se ocupa de la administración de las cosas.

La gente vive de este modo por largo tiempo. Pero finalmente la gente del tarro se cansa de tener que lidiar con la lista de deseos de la gente. La gente de la fábrica quiere muchísimo más de lo que la gente del tarro puede darles. Esto pasa porque no se hacen suficientes cosas. Entonces, la gente del tarro le dice a la gente de la fábrica que deben trabajar más duro y más tiempo, para poder producir suficientes cosas para cumplir con todas las listas de deseos. Mientras tanto, la lista de deseos crece más y más. Y entonces ya no solo se necesita más trabajo, sino que sea más duro y se haga más rápido. La gente en las fábricas empieza a gruñir y quejarse, porque ahora ya no tienen tiempo para jugar a los dados o tomar una pequeña siesta durante el trabajo. Sin embargo, la gente del tarro sigue pidiendo que trabajen más duro. Antes de darse cuenta, el trabajo se ha vuelto tan agotador y aburrido como lo era antes, en el capitalismo.

Llegado este momento la gente se logra reunir y dice:

- No queremos trabajar tan duro. ¿Por qué simplemente no deseamos un poquito menos para no terminar tan exhaustos como estamos ahora?

Pero en los únicos lugares en donde la gente se reúne son las fábricas o los cines. Y cuando están allí, preferirían mucho más hablar de otras cosas. Al final termina sucediendo que la gente realmente acaba contándole sus deseos solamente a la lista de deseos. Ya no deciden juntos lo que necesitan; ya no piensan juntos sobre cuánto deben hacer. Cada persona decide sola. Y por eso es que nadie piensa en desear menos. Asumen que todos los demás están deseando montones de cosas, de todas maneras, de modo que sin

importar nada, deben trabajar más.

Solo la gente del tarro conoce con seguridad cuántas cosas son deseadas y cuánto debe hacerse. Y como la gente del tarro es también gente con sus propios deseos, empezaron a poner sus listas de deseos en la parte de arriba de la pila. Al principio solo lo hicieron una vez, en un instante, en secreto. Sin embargo, poco a poco empezaron a hacerlo un poquito más, y luego un poquito más, y luego todo el tiempo. Al cabo de muchos días, los deseos de la gente del pote terminaron siendo los más satisfechos. Debido a que eran los únicos que sabían los deseos y necesidades de todo el mundo, las personas del tarro podían influir fácilmente sobre lo que se hacía y sobre la cantidad. Y por lo tanto, se vuelven más ricos y más poderosos, mientras que la gente de la fábrica trabaja más tiempo y más duro, solo para ver sus deseos cada vez menos satisfechos. Entonces la gente dice:

- Queríamos comprenderlo todo, para nosotros mismos, juntos. Pero ahora, solamente la gente del tarro lo comprende todo. En lugar de hablar los unos con los otros, ahora solamente hablamos con nuestras listas de deseos.

- ¡Exactamente!, —exclaman otros malhumoradamente, sobándose sus espaldas, que duelen por todo el trabajo duro que han realizado—. Ya no estamos siendo gobernados por las cosas, pero ahora estamos siendo gobernados por personas, otra vez. Esto no es nada mejor. Así no es como lo imaginamos, —dice la gente sacudiendo sus cabezas—. ¡No, no, no, esto no es el comunismo!

Intento número 4

La gente está de nuevo sentada y reunida, esta vez en una sala de cine. Pero hoy no se está exhibiendo ninguna película, porque en verdad necesitan hablar sobre lo que ha pasado. Parece que hacer el comunismo no es tan fácil, después de todo.

- No es tan fácil, después de todo, —piensa la gente—. Si queremos que no nos sigan mandando las cosas, es mejor que no terminemos siendo mandados por gente, otra vez.

- Sí, —dice otro— la sociedad comunista debería deshacerse de todos los males que la gente sufre en el capitalismo. Pero si no tenemos cuidado, podemos traer de regreso los males de las sociedades pasadas. La gente del pote está actuando ahora precisamente igual a las princesas del pasado.

Y entonces empezaron a pensar con mucha fuerza sobre cómo no volver a ser gobernados por personas de nuevo, ya fuera la gente del tarro, las personas jefes o las princesas.

- Hacer muchas cosas y satisfacer tantos deseos es algo muy bueno, —dice la gente— pero el trabajo nos está matando.

-Bueno, entonces, —sugiere alguien— librémonos del trabajo.

- ¡Excelente idea!, —exclaman otras personas— ¿Por qué no pensamos antes en esto? ¡Hagamos que las máquinas hagan el trabajo por nosotros!

Y así lo hacen. Ahora las máquinas están trabajando en lugar de la gente. Como la gente ya no tiene miedo a estar desempleada, no hay problema en que las máquinas ocupen sus empleos. De hecho, lo esperan con impaciencia, porque ahora tienen más tiempo libre para disfrutar. La gente grita:

- Toda nuestra vida hemos sido trabajadores. ¡De ahora en adelante seremos buscadores de placer!

Todo el mundo se siente rico. Las máquinas están haciendo más y más cosas, no solo las viejas cosas de siempre, sino también cosas lujosas que solían hacerse solamente para la gente rica. Y más que eso. Las máquinas están haciendo cosas que nadie podría haber imaginado en el capitalismo. Todo el mundo se vuelve experto en la búsqueda de placer. Pero al mismo tiempo se vuelven un poco perezosos. Nadie se reúne realmente con los otros, y casi nadie vuelve a hablar. Después de todo, ¿de qué tendrían que hablar? Las máquinas se están ocupando de todo. Todos pueden andar vagando por ahí, aburriéndose. Cuando abren su boca, jugo de uvas cae directamente en sus lenguas y aves asadas hechas con tofu caen del cielo. Sin embargo, la gente no está tan feliz.

Estando así, un pensamiento cruza sus mentes. ¡Una vez más todo está girando en torno a las cosas! La gente solo se preocupa por tener suficientes cosas. Y ya no queda nada de las nuevas y extraordinarias habilidades que habían adquirido cuando hacían todo ellos mismos en las fábricas.

- Queremos hacerlo todo nosotros mismos, decidir nosotros mismos, y no ser gobernados por nada ni nadie, —se queja la gente— pero ahora ya no hacemos nada juntos. Y la gente solo le habla a sus cosas, no a los otros. Esto no es lo que habíamos imaginado, —dice la gente, sacudiendo sus cabezas una vez más— No, no... —dicen, pero son interrumpidos a mitad de la frase, porque apenas abren sus bocas, aves asadas caen en ellas.

Intento número 5

La gente se encuentra ahora rodeada de pasabocas que han caído del cielo, de charcos de jugo de uvas y de montones de boletas de cine sobrantes. Con gran dificultad vuelven a encontrar sus pies. Luchando para mantenerse de pie, tratan de pensar muy fuerte. Pero hay un problema, ahora son casi tan tontos como lo eran antes, en el capitalismo. Por eso sus primeras sugerencias no son tan buenas.

- Lo tengo, —dice alguien—. Cuando todos reciben la misma cantidad de cosas, nadie tiene ningún incentivo para trabajar. Por eso todos nos hemos vuelto perezosos. La solución es simple: cada uno debe recibir exactamente la misma cantidad de cosas que él mismo haya hecho.

Y así... ieweren, no tan rápido! La gente está recuperando su juicio. Recuerdan que deben hablar cuando sientan que algo no está bien.

- Esta no es una buena idea —chilla alguien—. Algunas personas no pueden trabajar tan duro como otras. Y algunas personas no necesitan tantas cosas como otras porque sus necesidades son diferentes. Solo porque algunas personas pueden trabajar más duro y más rápido que otras, no quiere decir que deban recibir menos cosas. Eso es injusto.

-Es verdad —dice otro—. Además, todo seguirá girando en torno de estas estúpidas cosas; estamos obsesionados con cuántas cosas hace cada uno y cuantas cosas recibe cada uno. Otra vez estamos ignorando el problema más importante: ¿Cómo queremos vivir?

En un abrir y cerrar de ojos, la gente sintió tanta rabia con las cosas que estaban regadas a su alrededor, que agarró un martillo y machacó todo hasta volverlo pedacitos. Fue necesario mucho

tiempo para hacer esto, porque realmente eran muchas las cosas que estaban a su alrededor.

Cuando finalmente terminaron, todos estaban completamente exhaustos y tuvieron que sentarse de nuevo. Esta vez, sin embargo, la gente no estaba sentada encima de montones de planchas, aves asadas con tofu o entradas a cine. Ahora estaba sentada sobre restos de las planchas rotas, palomas aplastadas y entradas al cine arrugadas. No es nada mejor. Desde lejos, podría parecer, sin embargo, que todos se han vuelto increíblemente educados, porque están constantemente haciendo venias unos a otros. Pero es solo una ilusión: si miras más de cerca, verás que todos se están agachando para recoger las hierbas y las pequeñas frutas que crecen entre las ruinas. La verdad es que sin las cosas, la gente se ha vuelto pobre súbitamente. La única manera que tienen para calmar su hambre es recolectar frutos silvestres. Entonces la gente se pone de pie una vez más y soban sus adoloridas espaldas.

- Esto no es lo que imaginamos —dice la gente sacudiendo sus cabezas—. No, no, no. Esto no es el comunismo.

Intento número 6

Evidentemente, la gente está cansada con todos estos intentos. Entonces vuelven a sentarse durante un largo rato para pensar en paz. Pero antes de empezar, tienden largas líneas telefónicas y construyen poderosos servidores de Internet, para que así toda la gente de todo el mundo pueda participar y tomar decisiones juntas. Después de muchos días de intensa conversación, esto es lo que tienen que decir:

- Bueno, comunismo es el nombre de la sociedad que se deshace de todos los males que la gente ha sufrido durante el capitalismo. Y eso significa que debemos deshacernos de todos los males del capitalismo, no solo de la mitad o de un tercio. Esto no puede ser tan difícil.

- ¡Si, es verdad! —chasquean otro grupo de voces por el teléfono— En realidad estuvimos muy cerca. Pero debemos estar seguros de que no vamos a volver a permitir que otras personas nos manden. Y tampoco queremos ser gobernados por cosas. Ni por las fábricas, ni por las planchas, ni por los mercados, ni siquiera por las boletas de cine.

-De acuerdo, ¿pero cómo lo hacemos? —pregunta un grupo diferente de personas. Hay tantas personas en la tierra que la conversación nunca termina— Cuando aplastamos todas las cosas hasta quedar en pedacitos, todo se volvió peor para nosotros.

Con esto último, se hizo de nuevo un largo silencio, y la gente pensó más intensamente que nunca. De repente, una idea se les ocurrió:

- ¡Claro! Es igual que lo que pasa con el tablero del juego de la güija. No hay magia sin el vaso de vidrio. Pero hay mucha menos

magia sin nosotros. El vaso no se mueve por alguna mano invisible, sino porque cooperamos juntos.

- ¡Si, es cierto! —susurra otra gente— Eso es. Nosotros mismos hacemos todo: las fábricas, las planchas y las boletas de cine. Todas esas cosas hacen tanta parte de nosotros, como nosotros hacemos parte de ellas. Eso significa que podemos cambiarlas cuando queramos.

- ¡Esa es la forma! —exclama la gente triunfalmente— De ahora en adelante no deberá haber nunca más gente que haga planchas o gente que haga boletas de cine. No deberá haber gente de pistolas o gente que escriba. En lugar de gente de fábricas, hagamos fábricas de gente, y en lugar de personas de máquinas, ¡que haya máquinas personas, cyborgs! Y nadie debería trabajar en una sola fábrica nunca más. Todos deberían poder hacer cualquier cosa y vivir en cualquier parte.

Y así lo hacen. La gente puede ahora intentar hacer cualquier cosa. Juegan y aprenden juntos con cualquier persona del planeta, porque quieren comprenderlo todo. Si algo parece malo o perjudicial, simplemente lo cambian. No es tan fácil lo que están haciendo, pero tampoco es tan difícil. Todo el mundo está teniendo ahora reuniones sobre cualquier cosa. Prácticamente se están reuniendo todo el tiempo, desde que tienen que discutirlo todo por sí mismos. No quieren dejar ninguna decisión a una persona de tarro, aunque de todos modos ya no hay personas de tarro. La gente está ahora cambiándolo todo, cada vez que lo desean.

- Decidimos juntos lo que queremos y después miramos quién quiere hacerlo —explican algunas personas.

- No, es al contrario —replica otro—. Primero vemos cuánto tiempo y que tan rápido queremos trabajar, o incluso si queremos o no trabajar. Luego miramos qué necesidades podemos satisfacer.

Como puedes ver, la gente no siempre está de acuerdo. Incluso se puede decir que ahora son diferentes, bastante diferentes a cómo eran antes. Pero pueden manejar esto muy bien. Incluso se sienten muy felices de que ahora haya tantas diferencias entre ellos. De otro

modo, terminarían aburridos rápidamente. Finalmente, la gente deja de sacudir sus cabezas, y en lugar de decir “no”, empiezan a decir ¡HOLA!

- ¡Hey! ¡Hola ustedes allá!

- ¿Qué? ¿quién? ¿yo?

No lo puedo creer. Hay alguna gente parada aquí, en el borde de la página, mirándome directamente a través de la pantalla. Están agitando sus brazos y están gritando algo. Algunos de ellos parecen muy enojados.

- ¡Si, es correcto!, ¡Tú! ¡Te hablamos a ti! ¡Deja de contar nuestra historia! Nosotros decidimos lo que pasará de ahora en adelante.

Porque ahora es nuestra historia, y estamos haciendo historia nosotros mismos*.

* Este fragmento de unos cuadernos escritos por el joven Marx en 1844 expresan de este modo ideas muy parecidas: “El comunismo como superación positiva de la propiedad privada en cuanto autoextrañamiento del hombre, y por ello como apropiación real de la esencia humana por y para el hombre; por ello como retorno del hombre para sí en cuanto hombre social, es decir, humano; retorno pleno, consciente y efectuado dentro de toda la riqueza de la evolución humana hasta el presente. Este comunismo es, como completo naturalismo = humanismo, como completo humanismo = naturalismo; es la verdadera solución del conflicto entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y el hombre, la solución definitiva del litigio entre existencia y esencia, entre objetivación y autoafirmación, entre libertad y necesidad, entre individuo y género. Es el enigma resuelto de la historia y sabe que es la solución”. Karl Marx. *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. Tercer manuscrito. Página Web. Consultado el 9 de febrero de 2018. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/manuscritos/man3.htm>. [Nota de J.G].

Epílogo: el deseo de comunismo

El Fin de la Historia ha llegado a su fin. Cuando el politólogo Francis Fukuyama anunció “el fin de la historia” en 1992, simplemente quería decir que ya no había otra alternativa al capitalismo liberal, que duraría para siempre. Pero no tuvimos que esperar para siempre para que este discurso fuera denunciado como una ideología burguesa: en 1994 por los zapatistas en Chiapas, en 1999 por el movimiento antiglobalización en Seattle y en 2001 en Génova. Pero todavía el discurso del fin de la historia se manifiesta a través de una realidad innegable. Incluso la crítica a estas ideas parece confirmar su verdad. En ningún otro momento de la historia un slogan como el de “Otro mundo es posible” ha logrado seducir tanto a la gente para que salga a las calles con tanta fuerza. Mientras que en otros tiempos, la cuestión fundamental era ¿cuál de los mundos, dentro de los mundos posibles, era el más deseable y cuándo llegaría finalmente?, ahora la cuestión que prevalece es ¿habrá alguna alternativa a lo que estamos viviendo? El Fin de la Historia plasmaba una realidad histórico-mundial que surgió después de la caída de la Unión Soviética y llegó a confirmarse otra vez, diez años después, el 11 de septiembre de 2001. Esto cambió la motivación principal con la que se legitimaban las diferentes posiciones políticas que competían entre si: en lugar de basarse en la esperanza de un futuro mejor, ahora solo hay un miedo absoluto a que el presente empeore. Y este presente, que paulatinamente va empeorando la vida de la mayoría, parece extenderse hacia el horizonte para siempre.

Mientras vivimos en el presente del Fin de la Historia, ¿cómo es posible que podamos escribir sobre “el fin de la prehistoria”, sobre el comunismo? ¿Cómo podemos escribir sobre el comunismo

en la era del poscomunismo, sin caer en un *pathos* impotente*? Estas preguntas dieron vida a este libro cuando fue publicado por primera vez en Alemania en 2004. Durante mucho tiempo, la historia no ha estado del lado de los comunistas. La marcha triunfal objetiva ha terminado. Ya nadie considera a las leyes de la historia o a las leyes de la naturaleza como nuestras aliadas. Estas visiones son anacrónicas, incluso vergonzosas, junto con el lenguaje moralizante de los manifiestos agitadores y las canciones revolucionarias. El curso objetivo de la historia es una experiencia de derrota. Ya nadie quiere dejarse arrastrar por gesticulaciones teatrales, con toda la razón. Esta es la historia subyacente del fin de las grandes narrativas. Los gestos impulsivos y las voces grandilocuentes pueden conducirnos fácilmente a tambalearnos en el borde de los muros de los palacios, hacia los patios interiores donde no hay ninguna audiencia para amortiguar la caída. No se necesitan discursos apasionados cuando no hay público.

* Un sufrimiento impotente. [Nota de J.G.].

Después de 1990 la atmosfera cambió. El anticomunismo ya no era la ideología contra la cual debía enfrentarse un texto comunista. Por primera vez en mucho tiempo, uno no tenía que participar en una lucha de clases con armas intelectuales. El modo en que el comunismo podía ser una forma de sociedad mejor, más justa y más eficiente, ya no estaba en la agenda de discusión, porque el mismo comunismo ya no estaba en la agenda. Incluso antes de mostrar que el comunismo era viable, se tenía que presentar primero como algo concebible. El comunismo necesitaba ser imaginable, antes de ser deseable.

Si el comunismo es “el movimiento real que anula y supera el estado de cosas actual”, entonces ¿qué cosa podría ser en ausencia de este movimiento?¹ ¿Y qué debe hacer el movimiento de la crítica comunista cuando haya encontrado su adecuado movimiento comunista? ¿Debería, ante todo, renunciar al ascetismo de la crítica

¹ Carlos Marx y Federico Engels, *La ideología alemana*. Barcelona; Montevideo: Crítica; Ediciones Pueblos Unidos, 1974. P. 37.

pura? ¿No debería prestarle un cuerpo artificial a una teoría que ya no tiene cuerpo, uno hecho de silicio y de cables? Nuestra coyuntura histórica nos obliga a hacer que el lenguaje comunista deje de lado la banalidad de la vida diaria, para que se dirija hacia lo tangible. Si aspiramos a que la crítica comunista vaya más allá de su acostumbrada negación amarga, entonces debe agregar un proyecto del deseo a su caja de herramientas, junto a sus escalpelos analíticos y a su dinamita retórica. Necesita generar deseo, deseo comunista.

¿Pero esto no cae en la trampa de la utopía? ¿Acaso el deseo de una vida mejor no ha sido siempre moldeado por las condiciones del presente en que ha sido construido? Incluso si los deseos, los sueños, las ideas y las necesidades pueden nutrirse de las contradicciones de la sociedad y desarrollar progresivamente un “excedente”, no pueden librarse completamente de las condiciones materiales en que se han desarrollado. No pueden ser verdaderamente los pensamientos, ideas e imágenes de una realidad diferente, de una forma diferente de organizar la sociedad. La pregunta acerca de qué es el comunismo y cómo lucirá, resulta por lo tanto prematuramente sospechosa de extender el *statu quo* más allá de los límites del presente. Las fantasías utópicas siempre cargan con el peligro de convertirse en planes que deben ser cumplidos, ideales que deben realizarse. Una imagen del futuro se convierte en un plan para el futuro: la descripción cae víctima de la prescripción*.

* Así lo expresaron Marx y Engels: “Para nosotros, el comunismo no es un estado que debe implantarse, un ideal al que haya de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual. Las condiciones de este movimiento se desprenden de la premisa actualmente existente”. Carlos Marx y Federico Engels, *La ideología alemana*. Barcelona; Montevideo: Crítica; Ediciones Pueblos Unidos, 1974. P. 37.

No deberíamos avergonzarnos de esto. El estado actual del mundo nos obliga a construir una forma del deseo capaz de introducir a la fuerza imágenes de un mundo mejor en cada fractura de la vida cotidiana, desde los viajes en el metro, pasando los trabajos en servicios, hasta la pobreza global. En cada instante de sufrimiento social, este deseo demanda una forma de vida mejor. Al mismo tiempo, haciendo uso de nuestro conocimiento histórico más amplio y de nuestro más profundo criticismo teórico, tenemos

que estarnos preguntando constantemente de qué modo estos deseos podrían conducirnos a atolladeros que podríamos evitar. Tal vez sea necesaria alguna clase de “prótesis profética” para transformar el deseo por el comunismo en un deseo comunista. Sin embargo, este deseo solo merece ser llamado “comunista”, si puede demostrar, una y otra vez, en cada situación de dominación y en contra de cualquier compromiso, que todavía se puede desear mucho más².

² “Ein Wort zur Radikalität” [“Una palabra sobre el radicalismo”], *Sinistra! Radikale Linke*, 2003, www.copyriot.com/sinistra/reading/studi6.html (accessed September 7, 2016).

Conflictos futuros — futuro conflictivo

Entonces, ¿qué es el comunismo? ¿Es una sociedad donde todos reciben el mismo sueldo, donde la promesa burguesa de igualdad se hace efectiva materialmente? ¿Es una sociedad, como piensan algunos críticos, que lo reduce todo a la igualdad vacía del común denominador más bajo, premiando al perezoso y castigando al que trabaja duro eliminando los “incentivos para el desempeño” (como vimos en la intento nº 1)? ¿O tal vez es una sociedad donde los medios de producción se comparten equitativamente, incluida la propiedad, entre todos lo que los usan? ¿Es una sociedad donde cada uno produce autónomamente y hace sus intercambios de manera justa porque el dinero se ha abolido (intento nº 2)? ¿O es una sociedad donde las diferencias de clase se han nivelado porque se elimina la propiedad de los medios de producción? ¿Es una sociedad donde cada persona recibe exactamente la misma cantidad de riqueza que ha contribuido a producir, es decir, todo el “producto del trabajo” (sin reducción ni explotación)? ¿Es por consiguiente una sociedad donde los trabajadores lo tienen todo, una sociedad de trabajadores (intento nº 3)? O tal vez el comunismo es el nombre de la sociedad que le ha dicho adiós a los bienes de consumo superfluos y alienantes que dominan la vida de la gente en el capitalismo, bienes que nutren la avaricia de la gente y los distraen de lo que es esencial. Tal vez, incluso, es una sociedad que pone las verdaderas necesidades de la gente como un imperativo por encima del incremento de las fuerzas productivas (intento nº 4). O incluso, otra vez, el comunismo podría ser la sociedad donde la política se limita a la pura “administración de las cosas”. Tal vez porque la pobreza ha sido abolida y la riqueza brota a borbotones desde

cualquier fuente concebible, ya no hay lucha por la distribución. ¿Es una sociedad que conduce hacia su final histórico a la lucha por el trabajo y hace realidad la posibilidad del lujo para todos, donde ríos de champaña y comida molecular caen directamente en las bocas abiertas perezosamente (intento nº 5)?³.

¿Es de hecho el comunismo una sociedad donde ya no existe ningún conflicto, una época de armonía y quietud? ¿O es el comunismo la sociedad en que la “prehistoria” ha terminado y empieza la historia humana, donde la gente empieza a hacer de manera consciente su propia historia? ¿Es el comunismo entonces el comienzo de la política, la posibilidad de decidir nuestro propio destino, libres de la dominación del trabajo muerto*, de las restricciones económicas y de las estructuras autónomas (intento nº 6)? ¿Es entonces una sociedad radicalmente democrática? ¿Es el comunismo la ruptura del yo individual, el final de nuestro aislamiento? ¿Debería la sociedad comunista subsumir (integrar) lo particular dentro de lo universal? ¿O debería simplemente romper con la compulsión a la identificación y liberar lo no idéntico, suspendiendo la regla de los promedios ciegos? ¿Deberíamos nosotros, el sujeto colectivo de la humanidad, a través del comunismo, hacer finalmente realidad nuestro propio ser, apropiándonos de un mundo, que de hecho ya pertenece a nosotros porque lo hemos creado? ¿O es el comunismo una comunidad que ni puede realizar ni puede mostrar ningún trabajo en común porque no contiene ningún rastro de una esencia humana para realizar o representar?⁴ ¿Es una comunidad que ha aprendido a darle la bienvenida a la inviabilidad de lo social, en lugar de controlarla? ¿Es el comunismo, por lo tanto, no una apropiación, sino más bien una

³ Jürgen Dollase, “Dekonstruiert euch! Die Neuerungen, die Ferran Adrià in die Haute Cuisine eingebracht hat, sind heute überall sichtbar: Doch die wahre Revolution des Geschmacks steht noch bevor” [“iDeconstrúyete a ti mismo! Las innovaciones que Ferran Adrià introdujo en la Haute Cuisine se ven por todas partes hoy en día: pero la verdadera revolución del sabor aún no ha llegado”] *Frankfurter Allgemeine*, 3 de enero de 2009, p. 32.

⁴ Jean-Luc Nancy, *The Inoperative Community [La comunidad ineficaz]* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1991).

“ex-apropiación”** sin centro y sin unidad, una comunidad sin unidad, donde las cosas, las personas, los animales y otras cosas están conectadas de nuevas maneras?⁵

* El “trabajo muerto” son las materias primas y la maquinaria, frente al “trabajo vivo” que es la actividad humana que los usa y los transforma. El capitalista compra ambas cosas para multiplicar su capital. Marx señaló en su obra principal: “El capital es trabajo muerto que no sabe alimentarse, como los vampiros, más que chupando trabajo vivo, y que vive más cuanto más trabajo vivo chupa. El tiempo durante el cual trabaja el obrero es el tiempo durante el que el capitalista consume la fuerza de trabajo que compró. Y si el obrero usa para sí su tiempo disponible, roba al capitalista”. Carlos Marx. *El capital I. Crítica de la economía política*. México: Fondo de Cultura Económica, [1867], 2006. P. 179. [Nota de J.G.].

** Una apropiación que ha dejado de ser.

Mientras tanto, el concepto de comunismo se ha multiplicado. En lugar de un comunismo, muchos comunismos han florecido. En lugar de sugerir que actualmente existe un pluralismo comunista, lo que nos dice esto es que el concepto mismo de comunismo está siendo cuestionado, que es el nombre de un campo de conflicto político. Todos estos conceptos contradictorios de comunismo han sido, o son representados actualmente por los comunistas libertarios o autoritarios, por los socialistas y los anarquistas. Es innegable que el comunismo siempre es más que la simple negación del capitalismo. Desde el mismo comienzo, se ha entrelazado con la crítica de los otros comunismos y las otras utopías socialistas, en una lucha por el futuro.

A pesar de todo esto, o mejor, a causa de esto, podemos decir que el comunismo busca anular y no simplemente disminuir el sufrimiento desatado por la sociedad capitalista. Las diferentes utopías anticapitalistas pueden ser reconsideradas teniendo en cuenta qué tanto la contraimagen del capitalismo que cada una de ellas propone está todavía enraizada en un modelo capitalista. Cuando la crítica que subyace a una determinada imagen de la utopía permanece atada a la perspectiva del capitalismo, entonces esta utopía se muestra, a regañadientes, como una continuación del

⁵ Jacques Derrida, “Politics and Friendship: An Interview with Michael Sprinker,” [“Política y amistad: una entrevista con Michael Sprinker”] en *The Althusserian Legacy [El legado althusseriano]*, editado por E. Ann Kaplan y Michael Sprinkler (Londres: Verso, 1993), 183- 231; Donna J. Haraway, *Simians, Cyborgs, and Women: The Reinvention of Nature [Simios, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza]* (Nueva York: Routledge, 1991).

status quo. Esto pasa cuando una crítica idealiza algún momento específico del capitalismo y se presenta en contra de otros momentos del capitalismo, pretendiendo desactivar de este modo su carácter dañino. Las utopías anticapitalistas, por lo tanto, pueden ser distinguidas más o menos sobre la base de las siguientes preguntas: ¿qué ideal están diseñando? y ¿qué esfera de la actividad económica capitalista les sirve de plantilla?

Crítica de las críticas, negación de las negaciones

La crítica al capitalismo cuyos criterios se basan en el ideal de la producción simple de mercancías funciona de acuerdo con la forma clásica de la crítica inmanente. Compara los ideales de la Revolución Francesa (libertad e igualdad) con su realización inadecuada. En este sentido, elabora una crítica a la economía burguesa sobre la base de la misma economía burguesa. Como la socióloga Nadja Rakowitz ha mostrado, su concepción subyacente de libertad es liberal y burguesa; es la libertad negativa del individuo, libertad frente a la coerción social y a la cooperación⁶. Si la libertad se define positivamente, es considerada solamente como la libertad de consumir y producir. Esta perspectiva asume que cada uno es libre de decidir sobre los productos que consume y produce como individuos solos, libres de la influencia de las convenciones sociales y de los planes. Es más, la comprensión de la igualdad en esta crítica, está basada en la idea de la equivalencia, o económicamente hablando, del equilibrio. Es decir, la igualdad de propietarios de mercancías indiferentes que se enfrentan unos a otros, cuya oferta y demanda idealmente se equilibran.

Siendo una crítica desarrollada desde el nivel de la esfera de la circulación, el problema central del capitalismo se hace evidente, precisamente en el punto en que la realidad de la sociedad burguesa difiere de sus propios ideales. Esta crítica se aferra todavía a los conceptos de intercambio y valor, y presupone la producción de mercancías para la venta: producir privadamente lo que otros consumen y consumir privadamente lo que otros producen. Por lo

⁶ Nadja Rakowitz, *Einfache Warenproduktion: Ideal und Ideologie* [Producción simple de mercancías: ideal e ideología] (Freiburg: ça-ira-Verlag, 2000).

tanto, concibe la compra y venta de la mercancía llamada “fuerza de trabajo”* como un intercambio de equivalentes, como una relación entre iguales. Al final del día, la crítica “circulacionista” del capitalismo solo puede denunciar el origen de la plusvalía como algo fraudulento, como una violación, por encima de todo, de la ley de equivalencia. El perpetrador de este fraude es a menudo identificado como el dinero, o mejor, el mercado financiero, cuya propia dinámica interna produce un abismo creciente entre ricos y pobres.

* Capacidad de trabajo. [Nota de J.G.].

Desde el punto de vista puramente económico, esta postura ya es insostenible. El problema del circulacionismo radica en que permanece atado al mercado. Ya que el valor de un producto solamente se realiza después de la producción, en el punto de venta, siempre existe la posibilidad de una crisis. Bajo condiciones de producción basada en el mercado, la presencia y la magnitud de la demanda social de una mercancía en particular solo se hace evidente en el mercado mismo. La amenaza del colapso aparece inmediatamente para los productores privados individuales cuando sus cálculos económicos fallan, llevándolos a la bancarrota. Todo un repertorio de crisis capitalistas se ciernen sobre nosotros como consecuencia de esto, incluyendo la posibilidad del estancamiento, la sobreproducción, la sobreacumulación y así sucesivamente. Permítasenos dejar de lado por ahora los problemas ligados a la producción de la plusvalía y la reproducción de las clases, que aquí no han sido abordados para nada. Con la producción privada se presenta siempre una continua competencia. No hay solamente un incentivo para producir tan barato como sea posible, sino también una compulsión a hacerlo, a superar a los competidores, a reducir salarios, y en general a poner en movimiento crecientes espirales de acumulación. En resumen, por medio de la eliminación o la regulación del dinero, los circulacionistas terminan reproduciendo todo lo que ellos pretenden abolir.

Podemos leer de una forma más generosa la imagen del mercado que presenta la crítica circulacionista como algo proveniente

de una fuerte desconfianza hacia la colectivización forzada o cualquier ataque planeado por el colectivo contra el individuo. La esfera de la circulación, donde las gentes se encuentran unas con otras, como sujetos libres e iguales, se considera como la garante de la libertad individual. Este es el carácter fetichista de las relaciones entre mercancías, que desarticula el carácter social de la producción y la reproducción, induciéndonos a percibir ambos como simples prerequisites tecno-económicos del intercambio. Escondiéndolas de la vista con esta perspectiva fetichizada es la forma en que el mercado suspende las formas personales concretas de poder, solo para reemplazarlas con una forma abstracta del poder. En lugar de disminuir la dependencia entre los individuos, la producción de mercancías la lleva a su máximo nivel y la globaliza. Pero esta interdependencia permanece cosificada. La gente no comprende y ni siquiera percibe sus relaciones con los otros, y por lo tanto no las pueden determinar. No carece de cierta justificación histórica que los teóricos liberales de la sociedad civil consideren sospechoso de “totalitarismo” al propósito de cambio total o de rediseñar democráticamente el orden social del capitalismo. Aunque no desean caracterizar sus ideales de igualdad y libertad como inherentemente burgueses o capitalistas, los críticos circulacionistas siguen siendo incapaces de apreciar las mediaciones de la circulación por otras esferas de la economía capitalista. Y al mismo tiempo que hacen esto, reproducen todas las relaciones de dominación que sostienen la esfera de la circulación.

Producción

La línea predominante en la crítica anticapitalista proviene del punto de partida de la esfera de la producción. Mientras que los representantes de la teoría circulatoria provienen en su mayoría de los círculos de la izquierda liberal y en consecuencia son frecuentemente anticomunistas, la fetichización de la producción es tradicionalmente un fenómeno propio del socialismo de Estado. En su versión clásica, la crítica productivista al capitalismo funciona como una confrontación dicotómica y no mediada, entre el trabajo y el capital. Abstraído de su forma específica determinada por el capital, “el trabajo” se plantea como algo ahistórico y antropológico*, con toda clase de poderes ineluctables, progresistas e histórico-mundiales, que se le atribuyen de manera optimista. En contraste, el “capital” es concebido como algo improductivo, como simple “no trabajo”, que no hace nada más que apropiarse injustamente de la plusvalía de los trabajadores. La categoría principal de esta crítica es, por lo tanto, la *explotación*, entendida de forma distributiva. La superación del capitalismo se logra a través de medidas jurídicas y de la expropiación estatal de la clase capitalista, por medio de las cuales los elementos no productivos de la sociedad son eliminados y todos los seres humanos se convierten en trabajadores.

* Inherente al ser humano, que hace parte de su esencia. [Nota de J.G.]

Esta perspectiva excluye la posibilidad de ver al trabajo mismo como algo determinado en su forma por el capital. También impide pensar en la apropiación en cualquier otra forma que no sea en términos legales o morales. La tensión entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, tratadas aquí como idénticas a la relación entre trabajo y capital, se reduce a las relaciones de propiedad. Por lo tanto, ni la naturaleza específica del trabajo bajo el

régimen capitalista, ni tampoco la obsesión de la sociedad por producir excedentes, en constante aumento, llegan a ser cuestionadas. El teórico social Moishe Postone ha mostrado que las categorías centrales del capitalismo sobreviven relativamente intactas en los partidos comunistas tradicionales⁷. El “trabajo”, aunque es un concepto abstracto, no se refiere a una práctica ahistórica. Al contrario, el trabajo solamente se convierte en una práctica social generalizada con el surgimiento del modo de producción capitalista. No fue sino hasta el surgimiento de la fábrica, como un lugar regulado de trabajo, y de la jornada de trabajo, que fue posible separar las esferas de la vida y del trabajo. La construcción de un tiempo abstracto (tiempo independiente de las estaciones, del clima, de las costumbres tradicionales y de las necesidades particulares del objeto de trabajo), representa una condición indispensable para esta división. La historia de esta imposición está ligada indisolublemente a la historia de la disciplina. Pero la abstracción del trabajo depende de algo más que la simple división entre el tiempo de trabajo y el tiempo libre; también depende de la separación entre la producción y la reproducción. La construcción capitalista del trabajo está acompañada de la formación de dos esferas separadas, producción y reproducción, que a su vez necesitan dos conjuntos sociales diferentes de conocimiento, actividad y afecto. Y con esto también aparecen dos subjetividades distintas, con distintas orientaciones de género y dicotomizadas.

La deshistorización del trabajo significa considerar una forma histórica específica, la forma capitalista del trabajo, como si fuera ontológica. De esta manera, solamente en el marco del capitalismo es posible hablar del trabajo de esta manera. El trabajo abstracto es abstracto tanto en el sentido de que se ha separado de otras esferas y de otros momentos del capitalismo (por ejemplo de la reproducción), y también en tanto que está sujeto a un tiempo abstracto, que puede

⁷ Moishe Postone, *Time, Labor, and Social Domination: A Reinterpretation of Marx's Critical Theory* (Cambridge: Cambridge University Press, 1993). [Edición en español: *Tiempo, trabajo y dominación social: una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Madrid: Marcial Pons, 2006].

ser cuantificable y medible de manera muy precisa. El tiempo abstracto asume la lógica del valor y la equivalencia junto con los conceptos burgueses relacionados de igualdad y justicia. Es más, el trabajo surge de manera abstracta en la historia como una cosa vaciada de todos sus momentos no instrumentales. Todo lo que no sirva a la producción de plusvalía debe ser abstraído de él. El marxismo tradicional intenta reivindicar al “trabajo” como la antítesis positiva del capital, tomando un aspecto de la sociedad para ponerlo en contra de si mismo. Sin embargo, este aspecto, este momento, ha sido construido por el capital y obedece sus mismas leyes.

Consumo

Comparada con el anticapitalismo productivista, la crítica del capitalismo desde el punto de partida del consumo es relativamente nueva. El consumo adquirió importancia por primera vez para los bohemios de París en el siglo XIX, luego preocupó a los críticos culturales de la década de 1920 y finalmente al volverse un fenómeno de masas para el proletariado con el desarrollo del fordismo. En efecto, fue solamente en conjunción con la crisis del fordismo en las décadas de 1960 y 1970 que la forma mercancía se convirtió en la portadora de una promesa revolucionaria de felicidad, una que iba más allá del mequino ideal burgués de una clase trabajadora pacificada e integrada con casas, televisores y automóviles. Cuando el régimen capitalista de la posguerra entró en crisis, también lo hizo el estilo prusiano protestante de austeridad social que lo definía. Una revolución cultural fue engendrada en este despertar, abriendo frescas avenidas de expansión para ambos: el capital y sus críticos. El levantamiento de los tabús que rodeaban la sexualidad y el hedonismo, generó nuevos mercados, estrategias de mercadeo y circuitos de acumulación. Un interés sin precedentes en la reproducción abrió nuevos territorios para la lucha política en el hogar, en el partido y en las calles. Al mismo tiempo, el giro hacia la reproducción fue indudablemente el efecto histórico de la derrota dentro de las fábricas. Como lo ha mostrado la teórica Katja Diefenbach, la crítica “consumista” del capitalismo existe en la intersección de la revuelta y la integración⁸.

La crítica del capitalismo desde el punto vista del consumo

⁸ Katja Diefenbach, "Alles ist gut: Warum eine Politik des Wunsches nichts damit zu tun hat, sich etwas zu wünschen" ["Todo está bien: Por qué una política del deseo no tiene nada que ver con desear algo"], *diskus*, 2 de marzo de 2003, 35-37.

sostiene que ninguna crítica del capitalismo debería despreciar sus logros. Por eso se opone a todos los ideales puritanos, ascéticos y ecológicos. El lema socialdemócrata del “derecho al trabajo” se transforma en “el derecho a la pereza”⁹. En lugar del pleno empleo, pide el pleno desempleo, un ingreso básico universal y más tiempo libre¹⁰. De acuerdo con esto, este enfoque le da la bienvenida a la mecanización progresiva y la completa automatización de la producción porque amplía las posibilidades de consumo, a través, tanto de la expansión de la producción como de la reducción del tiempo de trabajo. La línea principal de la crítica consumista consiste en acusar al capitalismo de ser incapaz de cumplir la promesa de felicidad hecha a las masas.

Aunque el eslogan “¡Lujo para todos!” critica la exclusión de la mayoría de la población mundial del goce de la riqueza social, comete sin embargo el error de no analizar desde una perspectiva crítica la forma específica de esta riqueza. No solo se omiten los problemas de la salud y la ecología, sino que sobre todo este enfoque acepta tácitamente la mónada del consumo, el individualismo del consumo, y la separación de las esferas de la producción y el consumo. Al aceptar la separación de estas dos esferas, esta perspectiva confunde la emancipación con la mecanización, porque ignora la cuestión crucial del control, construcción y programación de las máquinas¹¹. Pero cada pedacito de la esfera del consumo es producto del capitalismo moderno, tal como lo son las esferas de la producción y la circulación. Objetivamente, su construcción es necesaria para situar la demanda de todas las mercancías producidas, es decir, para mantener andando la acumulación. Subjetivamente, su existencia es necesaria como compensación por el trabajo alienado. Mientras el trabajo sea

⁹ Esta era la reivindicación de Paul Lafargue, el yerno de Marx.

¹⁰ Nick Srnicek and Alex Williams, *Inventing the Future: Postcapitalism and a World without Work* [Inventando el futuro: poscapitalismo y un mundo sin trabajo] (Londres: Verso, 2015).

¹¹ Biene Baumeister and Zwi Negator, *Situationistische Revolutionstheorie: Eine Aneignung*, Vol. II: *Kleines Organon* [Teoría situacionista de la revolución: una apropiación, Vol. II: Pequeño Organon] (Stuttgart: Schmetterling Verlag, 2005), 97 f.

concebido como puro esfuerzo, penalidad o deber, el cliente es como una reina cuya libertad de escoger solo está limitada cuantitativamente, por el dinero. Los límites cualitativos de las opciones del cliente solo pueden ser expresados como tres opciones: comprar, no comprar o robar. Mientras el trabajo sea concebido como un conjunto de jerarquías de subordinación a las presiones del proceso de producción, la mercancía dinero otorgará a su poseedor el control sobre el tiempo de trabajo de los demás. Esta es la razón por la cual el dinero es portador de un cierto fetiche de autonomía masculina. El capital transforma todos los productos en mercancías, ya sea en cuanto a su durabilidad particular, su calidad o especificidad, o simbólicamente en su marca, distinción y estandarización. La adicción al consumo como una esfera separada de la producción se interpone fundamentalmente a las posibilidades de la emancipación social completa. Criticar al capitalismo desde el punto de vista del consumo extiende la función ideológica de aceptar la promesa de felicidad por medio de las mercancías. El objetivo es que la necesidad de “escapar” (al tiempo “libre”, al centro comercial o la televisión), sea abrumadoramente minimizada, en vez de transformar colectivamente todas las esferas de la sociedad.

Imprimiendo un negativo del futuro

Así termina la crítica de las críticas. Hemos clasificado las diversas críticas al capitalismo y las utopías (comunistas) asociadas de acuerdo a sus diversas insuficiencias. Cada crítica puede ser criticada desde un punto de partida comunista simplemente porque cada una crítica al capitalismo desde un punto de partida latentemente capitalista, ya sea el de la producción, la circulación o el consumo. También nuestra propia clasificación y nuestra misma crítica tiene un punto de partida. ¿Dónde se ubica nuestro punto de partida y quién se ubica ahí? ¿Qué clase de “u-topos” es este punto de partida comunista privilegiado que se propone, este lugar de no-lugar en el capitalismo? ¿Es un lugar sólido para estar parado, si es que acaso uno puede realmente pararse ahí? ¿O son acaso estos términos estáticos completamente inadecuados para referirnos al movimiento de la crítica comunista, una crítica que avanza corriendo, gira hacia atrás, ataca de costado, y salta muy lejos de cualquier posición fija?

En *Minima moralia* el teórico crítico Theodor W. Adorno da una respuesta paradójica al problema normativo del punto de partida. Dice: “El único modo que aún le queda a la filosofía de responsabilizarse a la vista de la desesperación es intentar ver las cosas tal como aparecen desde la perspectiva de la redención”. Pero, “esta posición representa también lo absolutamente imposible, puesto que presupone una ubicación fuera del círculo mágico de la existencia, aunque sólo sea en un grado mínimo”¹². Esta perspectiva no descarta completamente la figura del punto de partida, sino que lo arranca del pasado, lejos de cualquier origen, comunismo

¹² Theodor W. Adorno, *Minima Moralia: reflexiones desde la vida dañada*. Madrid: Taurus, 1998. §153, p. 250.

primitivo o matriarcado. Es más, este punto de vista rechaza ser transhistórico, basado en la naturaleza o la antropología. De este modo, nuestro único punto de partida posible es el futuro. La esperanza consiste en que lo absurdo y la brutalidad innecesaria de la sociedad capitalista serán tan evidentes para las gentes de las futuras generaciones, de la misma forma que el sistema de géneros binarios o la idea de que la tierra es plana parecen locos para nosotros. Para Adorno, la reivindicación de tomar el futuro como punto de partida es emancipatorio, precisamente porque es inalcanzable. La inviolabilidad del futuro nos libra de pensar que nuestro pensamiento no está limitado por el presente. Esta idea de libertad conceptual prepara el terreno sobre el cual los límites de la sociedad burguesa pueden expandirse. El pensamiento debe asumir “hasta su propia imposibilidad [...] en aras de la posibilidad”¹³. La paradoja de que el punto de vista externo no puede adoptarse y sin embargo debe ser adoptado, nos protege de fetichizar nuestra propia crítica y así nos salva de la ilusión de lo utópico: la fantasía de creer que podemos realmente mostrar, aquí y ahora, cómo luce una sociedad liberada. En resumidas cuentas, lo inalcanzable del punto de vista comunista lo protege de terminar ocupando el campo del capitalismo. ¿Pero qué tan segura es esta protección? ¿Acaso el futuro está tan inalterado por el presente como lo proclama Adorno? ¿Acaso el presente no intenta agarrar al futuro constantemente, del mismo modo como el pasado intenta agarrar al presente constantemente?

¿Acaso el concepto de futuro no cambia incesantemente, de la misma forma en que el futuro cambia con cada transformación del presente?

Una transformación es una producción de futuro, una realización de una posibilidad, así como una creación y una exclusión de posibilidades. Si el futuro redentor niega el presente sufriente, ¿no deberían el futuro y la idea de futuro fluir constantemente? ¿Cómo podría esta negación mantenerse igual, si

¹³ Ibid.

aquello que niega está siempre cambiando? Si el comunismo no puede ni debe permanecer inalterado por la historia, entonces la prohibición sobre la representación del futuro no es más que un fetiche que codifica al comunismo como algo no perturbado, indivisible, inmaculado y suprahistórico. ¿Acaso toda esta charla sobre el “futuro”, la “liberación” y la “redención” no obscurece el asunto de que ninguno de estos conceptos debe o debería ser idéntico a sí mismo, que el comunismo hoy en día significa algo bastante diferente de lo que significaba hace cien años, y que mañana de nuevo significará algo muy diferente? “La crítica comunista no puede permanecer indiferente a las transformaciones de las relaciones de poder; tiene un núcleo temporal. Lo que significa el comunismo debe ser determinado nuevamente en cada situación histórica”¹⁴.

Para Adorno, es imposible, adoptar un punto de vista futuro y simultáneamente “es la cosa más sencilla, porque la situación misma incita perentoriamente a tal conocimiento, más aún, porque la negatividad consumada, cuando se la tiene a la vista sin recortes, compone la imagen invertida de lo contrario a ella”¹⁵. Pero este trazado nunca llega. La negación conceptual de la negación no se convierte automáticamente en una toma de posición. La contraimagen, la escultura negativa del futuro no puede deducirse de la crítica al capitalismo, o de la crítica a las críticas limitadas al capitalismo. Incluso el más nítido negativo fotográfico puede producir más de una impresión. Cientos de imágenes distintas pueden generarse a veces, dependiendo de la exposición, de la perspectiva o de la técnica. Esta anulación crítica de la prohibición de representación adquiere un sorprendente apoyo del mismo Adorno, quien, en conversación con el filósofo Erns Bloch, señaló: “Algo terrible sucede debido al hecho de que se nos prohíba diseñar una imagen. Esto es como decir, en primer lugar, concerniente a lo que debería ser: entre más cosas se puedan decir de un modo negativo, menos definido podemos imaginarlo. Pero entonces (y

¹⁴ *diskus*, “Simulate Communism,” www.copyriot.com/diskus (accessed July 31, 2016).

¹⁵ Adorno, *Minima Moralia*, §153.

esto es tal vez más aterrador) el mandato en contra de una expresión concreta de la utopía tiende a difamar la conciencia utópica y a sepultarla. Lo que es realmente importante, sin embargo, es el deseo de que sea diferente”¹⁶. En este punto, Adorno coincide con el pensamiento de Michel Foucault, quien declaró en otra conversación: “en mi opinión el rol de los intelectuales el día de hoy debe ser el de restaurar el mismo nivel de deseabilidad para la imagen de la revolución que existía en el siglo XIX. Con ese fin, necesariamente tienen que ser inventados nuevos modos de relaciones humanas, es decir, nuevos modos del saber, nuevos modos del deseo y de la vida sexual”¹⁷. Hay que armarse de valor para expresar, para imaginar y para crear un objeto artificial, una utopía provisional, una imagen del comunismo que pueda también encender un deseo comunista. Aquí hay mucho en juego. Entre menos sea capaz la gente de hacer lo que desea hacer, menos desea desear cualquier cosa. ¿Y cómo puede hacer la gente lo que quiere, si no saben (o no quieren saber) qué es lo que quieren? Cuando el ámbito de lo posible limita lo que es deseable, entonces el mismo deseo se vuelve deseable. El deseo debe ser inventado, debe ser deseado. ¡Desear deseo! Deseo comunista: el deseo de que la miseria finalmente llegue a su fin.

¹⁶ Ernst Bloch, “Something’s Missing: A Discussion between Ernst Bloch and Theodor W. Adorno on the Contradictions of Utopian Longing (1964),” [“Algo está perdido: una discusión entre Ernst Bloch y Theodor W. Adorno sobre las contradicciones de la nostalgia utópica”] en Ernst Bloch, *The Utopian Function of Art and Literature [La función utópica del arte y la literatura]* (Cambridge: MIT Press, 1988), 12, traducción modificada.

¹⁷ Michel Foucault, “*Le savoir comme crime [El saber como crimen]*,” entrevista con S. Terayama, en *Dits et écrits III* (Paris: Éditions Gallimard, 1994), 86.

El comienzo

No es solo el Fin de la Historia lo que pesa como una pesadilla sobre el deseo de comunismo. Es algo más, es el fin de la revolución. No es solo 1991, sino también 1939 y 1937, y subsecuentemente 1924 y 1921, y todo el camino hasta 1917. Después de todos los intentos fracasados de crear una sociedad comunista, ¿podemos todavía responder con un silencio a la pregunta sobre cómo debería lucir el comunismo, sin que nos pese la conciencia? ¿Debemos debatir sobre el comunismo sin ninguna referencia a la historia? ¿Podemos saltar ingenuamente por encima de las barreras que separan las generaciones, intentando un acceso inmediato, sin contaminar, a los manuscritos originales de Karl Marx? ¿Se le puede permitir todavía a aquellos que con evasivas se niegan a hacerse responsables del legado del estalinismo y sus víctimas llamarse a sí mismos comunistas hoy en día? La promesa barata de que “seremos más democráticos la próxima vez” es algo tan vacío como la declaración de que nada debe o debería nunca decirse acerca de cómo luce el comunismo. En teoría, la prohibición de construir imágenes del comunismo bloquea la posibilidad de repetir el presente en nuestros sueños sobre el futuro, pero en verdad es una mentira que conduce a la posibilidad real de caer en una traumática repetición del pasado. El *dictum** de que la bella imagen del verdadero comunismo nunca podrá representarse, se convierte, sin más, en la justificación para cerrar nuestros propios ojos ante la fealdad de las imágenes reales del falso comunismo¹⁸. Es como si hubiera un futuro tan incierto que los mismos comunistas no fueran capaces de responder a la pregunta: ¿por qué el comunismo del

¹⁸ Bini Adamczak, *Gestern Morgen: Über die Einsamkeit kommunistischer Gespenster und die Rekonstruktion der Zukunft* [Futuro pasado: sobre la soledad de los fantasmas del comunismo y la reconstrucción del futuro] (Münster: Unrast, 2007), 141.

futuro no se parecerá al comunismo del pasado?

* Frase célebre. [Nota de J:G.]

Este libro fue escrito durante el Fin de la Historia. Ahora el Fin de la Historia ya es historia. Visto desde el futuro, que ya ha comenzado, esta fase histórica habría empezado en 1991 y habría durado exactamente veinte años, hasta la Primavera Árabe en 2011. Y como los grandes ciclos revolucionarios del siglo XX (1917, 1968 y de un modo limitado 1989), las revoluciones se movieron de ciudad en ciudad, de región a región a través de las fronteras nacionales. Y como estos ciclos revolucionarios previos, todo comenzó en la periferia del orden global, empujando desde ahí, con mayor o menor éxito, hacia el centro, hacia la “barriga de la bestia”. Desde Sidi Bouzid hasta El Cairo y desde Bengazi, Daraa al-Manama y Sana’a, a través de Atenas, Madrid, Tel Aviv, Londres, Santiago de Chile y Winsconsin hacia Nueva York, Frankfurt, Oakland, Moscú, Río de Janeiro y Estambul, hasta Hong Kong y Rojova, hacia Sarajevo y París. Muchos de los revolucionarios de 1917 estaban convencidos que solo tendrían éxito si la revolución se esparcía por todo el mundo capitalista. Pusieron todas sus esperanzas en Alemania, y se decepcionaron. Hoy Alemania juega un importante papel de nuevo, especialmente al interior de Europa. Con su política de deflación, salarios bajos, moneda fuerte y exportaciones baratas, Alemania ha contribuido a la crisis Europea (que ahora se empeora con políticas de austeridad) y al mismo tiempo se ha enriquecido beneficiándose de ella.

Hoy, una vez más, el éxito de las revoluciones depende de su habilidad para dar vida y radicalizar a unos y otros, junto con su potencial para globalizarse. Aunque es innegable que cada movimiento es diferente de los otros, sus referencias mutuas son obvias: la movilización digital, la ocupación de las plazas públicas (la plaza Tahir, la Puerta del Sol, la plaza Syntagma, el parque Zucotti, la plaza Taksim, la Place de la République), una política opuesta al Estado y, donde sea posible, usando tácticas de protesta no violenta. Por encima de todo, estas protestas se han caracterizado por una forma de organización radicalmente democrática, que con

frecuencia excluye instituciones centralizadas como los partidos mientras ponen al frente y en el centro una reivindicación de democratización social, es decir, política y económica. El carácter global de los movimientos se vuelve visible cuando los manifestantes en Egipto cargan pancartas mostrando su solidaridad con los trabajadores en huelga en Wisconsin; cuando campamentos solidarios con Taksim aparecen en Nueva York, así como en Atenas y Berlín. Ahora un grupo le enseña a otro nuevas formas de protesta y organización. Al mismo tiempo, este grupo puede aprender algo del hecho de que otro grupo ha adoptado sus estrategias, por ejemplo, que el derrocamiento de un dictador o una junta militar no conduce necesariamente a una democracia digna de ese nombre. Es decir, así como los manifestantes egipcios ganaron libertad para la prensa, los periódicos y los medios de comunicación públicos, en Grecia fueron apagados porque ya no eran rentables. También podemos aprender de los ciclos previos de luchas. En Francia, la ocupación de la Place de la République (típica de los precursores Ocupas e inspirada por el movimiento Nuit Debout), combinada con formas políticas derivadas del vocabulario tradicional de las luchas laborales francesas; huelgas en las escuelas, refinerías de petróleo y en las plantas de energía nuclear, huelgas de los recolectores de basura y bloqueos en el sector del transporte. En Grecia se recordó una lección de Argentina en 2001: el final de la rentabilidad no quiere decir el fin de la producción. Puede significar también un nuevo comienzo. Las fábricas ocupadas, las cantinas colectivas y los hospitales autogobernados, pueden ser entendidos como intentos materiales realizados por la gente bajo la presión de la crisis para encontrar juntos los contornos de un futuro diferente¹⁹. Aislados, fracasan. Mucho depende de la forma en que la gente logra combinar las múltiples iniciativas desde abajo para crear nuevas formas de relacionarse con los otros.

Los movimientos revolucionarios actuales, como muchos de

¹⁹ Margarita Tsomou, "Last Exit. Zum Aufschwung solidarischer Ökonomien im Griechenland der Krise" ["La última salida: sobre el renacer de las economías solidarias en la crisis de Grecia"], *West-End: Neue Zeitschrift für Sozialforschung*1 (2014), 79-92.

sus predecesores, son capaces de sus propias formas de corrupción, incluyendo antisemitismo, misoginia y nacionalismo. Simultáneamente, a lo largo de todo el mundo, movimientos fascistas, reaccionarios e islamistas están esperando su oportunidad para hacer historia. Desde Polonia, Croacia y Hungría, hasta Brasil, Turquía, Siria y los Estados Unidos, soluciones reaccionarias a la crisis contienen nuevas políticas de segregación sexista y exclusión racial. Más aún, las estrategias de supresión de la competencia del keynesianismo militar y la destrucción “productiva” de capital (o sea, la guerra), han sido y siguen siendo históricamente “exitosas”. La famosa frase de Rosa Luxemburgo vuelve a estar vigente: socialismo o barbarie. Pero el socialismo ha resultado históricamente en nuevas formas de barbarie. En su intento histórico-mundial para abolir la dominación, el socialismo se desacreditó a sí mismo, dolorosa y vergonzosamente. Hoy en día, sin embargo, con la crisis económica mundial al alcance de la mano y movimientos reaccionarios o emancipatorios destilándose, el modelo liberal democrático del capitalismo ha perdido mucho del apoyo que tenía veinte años atrás. El “eterno presente” del capital ha terminado, por ahora. En condiciones de crisis no existe la simple defensa del *status quo*. No es suficiente con prevenir lo peor y mantener lo malo. La protección más efectiva en contra del retorno del fascismo no es preservar el mundo contra el cual lucha ostensiblemente, sino crear un mundo diferente. Las políticas de la separación solo pueden ser derrotadas por políticas de la solidaridad. Por primera vez en mucho tiempo, la historia está preparada una vez más... para escuchar sugerencias.

Tabla de contenido

5	¿Qué es el comunismo?
9	¿Qué es el capitalismo?
15	¿Cómo surgió el capitalismo?
21	¿Qué es el trabajo?
29	¿Qué es el mercado?
37	¿Qué es una crisis?
43	¿Qué hacer?
43	Intento número 1
49	Intento número 2
55	Intento número 3
63	Intento número 4
69	Intento número 5
73	Intento número 6
79	Epílogo: el deseo de comunismo